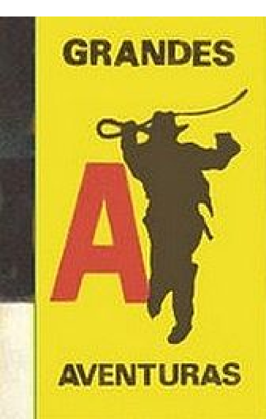
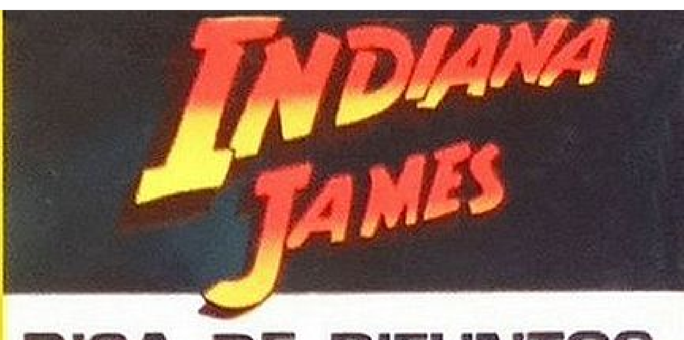




RISA DE DIFUNTOS

Jim Tonic, su viejo-nuevo «Dakota» y yo. Eso es todo lo que nuestro querido planeta necesita para volverse patas arriba. Los dos «mercantes del aire» más aventureros y juerguistas con los que uno pueda tropezarse, estábamos a punto de volver a la carga.

Jim Tonic, desde que el profesor Higgs le había regalado el avión, no cesaba de moverse de una a otra parte en busca de trabajo.



Indiana James

Risa de difuntos

Bolsilibros - Indiana James - 49

ePub r1.0
LDS 31.05.18

Título original: *Risa de difuntos*
Indiana James, 1988
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

RISA DE DIFUNTOS

CAPÍTULO PRIMERO

Jim Tonic, su viejo-nuevo «Dakota» y yo. Eso es todo lo que nuestro querido planeta necesita para volverse patas arriba. Los dos «mercantes del aire» más aventureros y juerguistas con los que uno pueda tropezarse, estábamos a punto de volver a la carga.

Jim Tonic, desde que el profesor Higgs le había regalado el avión, no cesaba de moverse de una a otra parte en busca de trabajo.

Mi viejo amigo, tan parecido a Lee Marvin, se moría de ganas por volver a pilotar el avión y surcar los cielos del mundo llevando un cargamento de aquí para allá, otro de allá para más lejos, uno nuevo que nos devuelva aquí…

—¿Sabes? —me dijo una noche—. Tenemos varias ofertas de trabajo: llevar un cargamento de película cinematográfica a
Hong-Kong,
para unos estudios de allí…

—No, gracias. Hace poco tiempo que he estado en
Hong-Kong,
será mejor no tentar la suerte dos veces en menos de una semana…

—También podemos llevar frutas tropicales del Valle de San Francisco hasta New York…

—Si queremos recorrer mundo, lo peor que podemos hacer es empezar por nuestra propia casa… —rechacé—. Dime otra propuesta.

—Llevar a un grupo de turistas hasta Alaska, donde quieren cazar osos polares… ¡Éste está muy bien pagado!

—Demasiado frío.

—Transportar medicamentos a Haití… ¡Pero pagan una miseria!

—Haití… —Comencé a decir yo, poniendo a prueba mi

capacidad de convicción—. Bellas mulatas, frutas tropicales, calor, playas desiertas, palmeras, música «salsera», vudú…

Jim miraba al techo mientras yo hablaba. Poco a poco comenzaba a sonreír y a dar cabezadas de satisfacción.

—Si lo pones así, tendré que darte la razón. ¡Pero pagan tan poco!

—Tenemos una cuenta corriente bien saneada. El profesor Higgs se ha encargado de ello. ¿Es necesario que busquemos un trabajo rentable? Podemos estar unos meses viajando por «amor al arte». Haití es un buen destino, si además nos pagan, aunque sea poco…

—De acuerdo.

Una llamada telefónica bastó para concretar las condiciones con los Laboratorios que debían de hacer el envío. Se trataba de plaguicidas, pesticidas y todo tipo de productos de esos que teóricamente sirven para eliminar los parásitos que tanto molestan a los agricultores.

En realidad, y desde la guerra de Vietnam, todos sabemos que una buena parte de esos elementos han servido para eliminar bosques enteros y hacer desiertos donde antes había selvas impenetrables.

Aquella misma noche, después de cenar con el profesor Higgs y su hija, de beber un poco más de lo necesario, de prometer que volveríamos, que no los olvidaríamos, que les llamaríamos si alguna vez necesitábamos algo… nos despedimos y salimos para el aeropuerto.

Jim descabezó un sueño mientras yo vigilaba el embarque del cargamento.

No me gustaba nada aquella carga: bidones herméticamente cerrados con pegatinas de la calavera y las dos tibias cruzadas, y abundantes letreros de TOXIC, DANGEROUS, HANDLE WITH CARE, y demás eufemismos que sólo sirven para decirte, con buenas palabras que, como se rompa aquello, te puedes ir al infierno.

Cuando a las ocho de la mañana todo estuvo listo, desperté a Jim, lo empujé hacia los mandos de nuestro «Dakota» y yo me preparé para descabezar un sueño.

Desperté en Haití, fresco y lozano como una rosa.

Mi buen Jim Tonic, se había dado una soberana «paliza» de conducir y no quería ver palmeras, ni playas, ni mulatas… lo único

que deseaba era abrazarse a una almohada.

Nada más abrir la portezuela del avión, una bofetada de calor nos inundó los pulmones como si estuviéramos dentro de una sauna finlandesa.

El olor que se introdujo por nuestras narices, tenía la misma intensidad y potencia que el calor.

Pese a que el aeropuerto era nuevo, bandadas de mosquitos habían conseguido burlar las puertas acristaladas y los aparatos de aire acondicionado y formaban patrullas, dentro del aeropuerto, esperando hacer un «safari» y atiborrarse con la sangre de cualquier turista recién llegado.

Entregamos la documentación de la carga en la oficina de aduanas, a un funcionario que ni siquiera la miró, y salimos en busca de un hotel.

Un amable taxista, nos llevó hacia uno de los sitios que, con toda seguridad, le pagaban una comisión para atrapar turistas incautos.

El edificio era algo que a duras penas podía ser clasificado como «chabola», así que me negué a descender del vehículo, mientras Jim Tonic protestaba y decía que «aquello ya estaba bien», que «total para dormir, con una hamaca es suficiente», y exigí a nuestro taxista que nos llevara al mejor hotel de Puerto Príncipe.

Nos llevó a la «Hostería del Marqués», un bellísimo edificio que parecía salido de los mejores decorados de una película de aventuras.

Se trataba de una construcción de dos pisos, en madera, con unas amplias balconadas que lo rodeaban, pintado de inmaculado blanco y con una gran escalera central que nos llevaba hasta la entrada principal.

Alrededor de él, árboles tropicales de amplias hojas, y plantas con flores de vivos colores, contrastaban con el color del edificio.

Tres botones se acercaron, a la carrera, hacia nosotros, con el vano propósito de tomar nuestros equipajes.

Yo, como siempre, sólo llevaba mi macuto, y Jim había decidido hacer lo mismo.

Para evitar las miradas de consternación de los chicos, repartí unas generosas propinas, que hicieron aparecer unas blanquísimas hileras de dientes blancos, tras unos labios sonrientes. Tuve la

sensación de que acababa de ganarme un destacamento de amigos.

En recepción, tomamos dos habitaciones y, antes de subir a las nuestras, decidimos refrescamos con un trago.

El bar era acogedor. Dos docenas de hombres estaban repartidos entre la barra y las mesas.

Dos docenas de personas con un aire muy familiar.

—Un *Gin* Tonic… —pidió mi compañero, haciendo honor a su nombre…

—No le haga caso —dije, dirigiéndome al ro—. Sírvanos la bebida local.

—Un «punch coco» —dijo sonriéndome, mientras comenzaba a prepararlo.

Le observé detenidamente mientras realizaba la mezcla: cuatro raciones de ron blanco, una de sirope de azúcar de caña, una cáscara de limón verde y leche de coco.

Los ingredientes fueron saliendo de la nevera, así que los sirvió sin hielo.

El primer trago se paseó por mi reseco paladar con el mismo placer que un niño por Disneylandia. Jim se bebió el suyo de un trago y dijo:

—Ahora… ¡Buenas noches!

Y se largó a dormir.

Yo terminé mi copa y pedí otra, dispuesto a saborearla, sin sed.

Mis ojos vagaron por las personas que allí había. Lo que más me extrañó fue que todos eran hombres. Después, que tenían un aire familiar… Las mesas estaban abarrotadas de periódicos, cuadernos, máquinas de fotografiar, paquetes de cigarrillos.

¡Eran periodistas!

Me acerqué a ellos y les invité a una copa. Siempre me han gustado las «tribus» de «corresponsales de guerra» aunque aquél no era el caso. Se trataba de seguidores de las elecciones que iban a celebrarse en la isla… si no sucedía nada anormal, como había sido en todas las ocasiones anteriores: casas y tiendas quemadas, ametrallamiento de las colas de votantes, atentados… ¡Unas elecciones bastante movidas!

Me presenté a los periodistas y nos saludamos. Varios de ellos se acordaban de alguno de mis artículos, otros habían leído mis libros, con algunos más tenía amigos comunes como Zenna Davis o Johnny

Nowells… En unos minutos estábamos en plena charla, contándonos aventuras, sucedidos, peligros, éxitos…

Hasta que uno de ellos dijo unas palabras mágicas.

—¿Y Caspar? ¡Hace días que no le veo!

—Se habrá vuelto a Beirut. Aquí no hay la suficiente animación para un tipo como él —contestó otro.

—No creo que se haya marchado. El vehículo que alquiló lleva varios días estacionado en el *parking* del hotel.

La palabra Caspar, unida a Beirut, habían disparado mi memoria.

—¿Estáis hablando de Caspar Van Eck? ¿Está aquí?[1]

—Hace una semana lo estaba. Aunque no había venido para las elecciones. Según nos dijo, estaba detrás de una «primicia» que iba a conmover al mundo. Pero no nos explicó cuál era… ¡Ya sabes que es muy reservado!

Sí, lo sabía. Caspar Van Eck, es un gigantesco pelirrojo, holandés, de 50 años, fumador de pipa, bebedor, tranquilo, reposado y poseedor de una buena dosis de la más brutal de las ironías.

Como a tantos otros, le debía la vida. Y con eso está dicho todo.

—¡Muy buena noticia tiene que perseguir, para abandonar su querido Beirut! ¡Muy buena! —dije yo.

—Sí —me contestó otro miembro de la «tribu»—. Creo que es la única persona del mundo capaz de conseguir el alto el fuego en aquel maldito avispero…

—¿Cómo es eso? —preguntó un chico que escasamente tendría 18 años, y que acarreaba un voluminoso diccionario.

—Eres demasiado novato… —le contestó el otro—. Caspar sólo tiene que salir a la calle enfrascado en la lectura de uno de sus libros para que todos los combatientes palestinos, shiitas, sirios, drusos, falangistas, o lo que sean, levanten sus dedos del gatillo, por miedo a alcanzarle. Es una auténtica institución en el Beirut oeste. El único periodista occidental que sigue viviendo en el laberinto árabe. Los demás, por miedo, han ido a la zona cristiana. ¡Y no seré yo quién me atreva a marcarlos! Pero, volviendo a nuestro tema… ¡Nadie se atrevería a disparar contra Caspar!

—¿Tanto le quieren? —insistió el joven.

—¡Tanto le temen! Lleva muchos años allí, conoce todos los jefes

de las milicias, conoce todos sus secretos, conoce todas y cada una de las calles, callejones, cuarteles generales, cárceles, sótanos, ruinas… ¡Es mucho Caspar!

Mientras el periodista hablaba, todos asentían con la cabeza.

¡Mi buen Caspar!

Me despedí de los chicos y me acerqué a la barra, dispuesto a pagar la ronda, antes de salir a la calle a pasear.

Aboné sin rechistar la abultada cuenta que me presentó el camarero negro y, antes de despedirme, le dije:

—Si viene ese periodista pelirrojo y grandullón, dígale que Indy está aquí y que se aloja en la habitación 203.

Me pareció que el negro palidecía. Ya sé que esto es difícil de notar en una persona de color, pero me lo pareció.

Y mi sospecha se acentuó cuando el camarero dijo:

—No creo que… ¡Sí! Si lo veo se lo diré.

No quise indagar nada más. Aquel tipo estaba de sobreaviso, y sería difícil que cometiera otro error. Así que me despedí y fui en busca de alguien a quien «asaltar» por sorpresa.

La entrada al hotel estaba vacía de clientes, sólo los botones que me habían atendido al llegar se gastaban bromas entre sí, vigilando de reojo al encargado.

Se detuvieron al verme entrar, pero un guiño de ojos fue suficiente para que me consideraran un compinche más.

Me acerqué al mostrador de recepción. El encargado, un negro muy bien aseado, de exquisitos modales y que hablaba el inglés sin ningún tipo de acento, se acercó solícito. Le pregunté:

—¿En qué habitación se hospeda míster Van Eck?

—La 109.

Mis ojos buscaron la casilla y la encontraron. Las cartas y periódicos ya casi no cabían. Y un montón de papel impreso, situado junto a la casilla, parecía estar también destinado a mi amigo.

Giré la cabeza hacia el recepcionista y le miré a los ojos.

Estuve así quince segundos, sin decir nada. Si les parece poco tiempo hagan ustedes la prueba: acérquense a una ventanilla de oficina y miren fijamente a su interlocutor durante quince segundos.

Después, volví a la carga.

—¿Podrá darle un recado?

—¡Cómo no, míster James!

—Ya sé que hace días que no viene, pero cuando le vea, dígale que estoy aquí y que necesito verle.

—Perfectamente. Cumpliré su encargo cuando se presente la ocasión —dijo sin inmutarse, sin parpadear y sin que le temblara la voz.

Pero no pudo evitar que unas gotas de sudor, gruesas como avellanas, le corrieran por la cara.

Di media vuelta y comencé a andar hacia la calle.

Me giré en seco y volví a encararme al conserje.

—¿No dejó dicho dónde iba?

—No, señor.

—¿Pagó su estancia por adelantado?

—… No… ¡Sí!

—¿Cuántos días?

—Creo que… ¡Sí! Una semana.

—Ya ha transcurrido… ¿Qué sucederá cuando pase el plazo y él no regrese?

El sudor del conserje parecía una insuperable imitación de las cataratas del Niágara.

—No…, no lo sé. Eso depende de la Dirección del hotel…

Me despedí, después de agradecerle su amabilidad y salí a la calle.

¡Aquí estaba pasando algo raro!

CAPÍTULO II

No había caminado ni siquiera una docena de metros, fuera del recinto del hotel, cuando un siseo procedente de unas gigantescas plantas, me hizo volver la cabeza.

Miré entre las grandes hojas y, emergiendo entre la vegetación, como un submarinista lo haría dentro del agua, me encontré ante uno de los botones.

Primero, miró a ambos lados de la solitaria calle y, después, me sonrió.

—¿Eres amigo del gordo pelirrojo? —preguntó con un tuteo que no dejaba lugar a dudas de que yo había sido aceptado como un amigo.

—Sí… ¿Sabes algo de él?

—No. Nadie lo menciona en el hotel, pero sé que desocuparon su habitación al día siguiente de la primera noche que no vino a dormir.

—Y… ¿sabes dónde están sus cosas? —pregunté intrigado.

Alguno de mis compañeros debe de saberlo… ¡Todos son de confianza! ¿Te gustaría verlas?

Comprendí lo que el chico estaba diciendo. Saqué mi cartera del macuto, busqué un billete de cien dólares y se lo tendí.

Aquello debía de ser más de lo que ganaría su padre en toda su vida. Faltó poco para que el chico se desmayara. Rápidamente lo hizo desaparecer en uno de los bolsillos de su pantalón.

Volvió a mirar a izquierda y derecha con gesto preocupado y después me dijo:

—Esta noche, a las tres de la madrugada, procura estar despierto. No podré hacer mucho ruido cuando llame a la puerta.

Y desapareció como si hubiera vuelto a bucear entre las plantas.

Yo seguí mi paseo a pie por Puerto Príncipe, una ciudad llena de eso que los turistas occidentales llaman tipismo y pintoresquismo, y que no pasa de ser una forma digna, por parte de los nativos, de mostrar su pobreza: niños correteando desnudos y jugando en charcos de barro, mercados donde los alimentos se muestran a los compradores depositados sobre una esterilla de paja trenzada, jóvenes que te piden dinero por las buenas, chicas que te piden lo mismo a cambio de algo…

Volví al hotel cuando ya era de noche.

Cené en el bar, esperando encontrar a alguno de los periodistas y contarles lo que había visto. Pero no había ninguno. O estaban trabajando o estaban haciendo que alguna guapa y joven mulata se ganara la vida.

Subí a la habitación de Jim, pero éste seguía roncando y durmiendo a placer.

Lo zarandeé, para que se despertara.

—Déjame en paz… ¡Maldito! ¿Acaso te he molestado yo, cuando dormías en el avión?

—Pero… ¡Ya son las diez de la noche! ¿Piensas estar veinticuatro horas seguidas durmiendo?

—Ése no es tu problema —me replicó, sin abrir los ojos.

—Tengo algo que contarte… —le dije.

—Mañana será mejor, creo que hoy no me enteraría de nada…

Lo dejé por imposible y me fui a mi habitación.

Hacía calor y ya que el aire acondicionado debía de hacer varios años que esperaba la visita del reparador, así que me tendí desnudo sobre la cama, saqué de mi macuto El Cuarto Protocolo de Frederick Forsyth y me sumergí en el proceloso mundo de las conjuras del espionaje internacional.

Me quedé dormido y me despertaron unos suaves golpes en la puerta.

Rápidamente me puse una camisa y unos calzoncillos y la abrí.

El botones entró dentro de la habitación, con la misma velocidad con la que un perro se mete en el ascensor cuando lo van a sacar de paseo.

Cerró la puerta con rapidez, pero sin hacer ruido y volviéndose hacia mí, me dijo:

—Ya sé dónde están las cosas de su amigo: en la taquilla del

recepcionista. El se lo ha quedado todo: la ropa, la máquina de hacer fotos, la de escribir, el magnetófono… ¡Si quiere, puedo llevarle hasta la taquilla!

¡Claro que quería!

Terminé de vestirme y seguí al botones hasta el sótano. El hotel estaba vacío de personal. Y sólo un par de clientes borrachos estaban dándole conversación al camarero del bar.

Las taquillas metálicas donde guardaban la ropa, se hallaban en una pequeña habitación, que sólo tenía un ventanuco situado cerca del techo.

—Es ésa… —dijo el botones.

Las dos docenas de armarios estaban ocupados, unos sencillos candados de herradura cerraban las puertas.

—No sé cómo la vamos a abrir, sin que se note. —Me dijo el chico.

Yo sí lo sabía. Le pedí un poco de alcohol, un martillo y un destornillador.

Me lo trajo en dos segundos. Rocié el candado y le prendí fuego. Después, cuando el alcohol se consumió, apoyé el destornillador en el puente del candado y le di un golpe seco. Se abrió.

—Lo has roto… —dijo el niño, con gesto de terror.

—No. El calor hace que la lengüeta se dé, de sí. Dentro de dos minutos, cuando se enfríe, lo volveremos a cerrar y no se notará nada.

El botones sonrió tranquilizado.

Mientras tanto, yo sacaba una bolsa de lona que había en el suelo de la taquilla. Sí, aquello era de Caspar: sus camisas a cuadros, un block con notas de taquigrafía y su bolsa para el tabaco.

¡Ahora sí que no tenía ninguna duda de que Caspar Van Eck había sido llevado, contra su voluntad, adonde quiera que estuviese!

Miré con detalle todo lo que pudiera darme alguna pista sobre mi amigo: el cuaderno de notas era intraducible, pero fue a parar a uno de mis bolsillos.

No había nada más de interés, así que guardé la caja, procurando que no se notara mi registro, cerré la taquilla y di una palmada en el hombro de mi botones, de mi fiel escudero.

Al llegar a mi cuarto, no pude conciliar el sueño, y me entretuve

en intentar descifrar las notas taquigráficas de la libreta de mi amigo periodista.

Había decidido empezar por el principio, pero después de quince minutos de infructuosos resultados, busqué algún párrafo más fácil.

Sin éxito. Cuando alguien como Caspar utiliza durante mucho tiempo la taquigrafía, termina por desarrollar un sistema propio que sólo él conoce. Además, quizá el texto original estaba escrito en holandés…

Por pura curiosidad pase las páginas una por una y, casi al final, descubrí una factura: correspondía a la «venta efectuada por míster Caspar Van Eck, de varios objetos personales». Era una cuartilla escrita a mano, con un timbre estampillado que decía:

PIERRE DUMAS

Páramos de Quincy

32 Rué Saint Martin

Puerto Príncipe

¿Qué podía haber empeñado mi viejo amigo? ¿Pan qué necesitaba el poco dinero que le podían haber dado por sus cosas?

Todas estas preguntas me martilleaban el cerebro, impidiéndome conciliar el sueño. Decidí leer un rato, pero por más que busqué en el libro de Forsyth, no conseguí encontrarlo.

Así que, a las ocho de la mañana, cansado y sin dormir, me dirigí hacia la tienda señalada.

La Rué de Saint Martin es una de las calles perpendiculares a la arteria principal de Puerto Príncipe, a la calle de las tiendas. Consta de unas hileras de edificios de madera, de dos plantas: en la superior está la vivienda y en la inferior, el comercio.

El horario comercial (de 10 a 17) que figuraba en el letrero colocado en el cristal de la puerta, no me impresionó lo más mínimo. Llamé al timbre con energía, sabiendo que el dueño de la tienda estaría durmiendo en el piso superior.

No me equivocaba. Cinco minutos después de dar comienzo a un «Concierto de timbre desafinado para Bellos Durmientes», una figura soñolienta hizo su aparición, en una de las ventanas del piso

superior.

—Se abre a las diez… —dijo, desganadamente.

Le mostré un billete de diez dólares.

—… Pero para los buenos clientes, siempre está abierto —replicó desapareciendo de la ventana.

Treinta segundos después se abría la puerta y el billete desaparecía de entre mis dedos.

Le mostré la factura y le pregunté:

—¿Es de usted?

Por el gesto, pareció reconocerla, pero sus labios dieron:

—No.

Comprendí el mensaje. Diez dólares más.

—Recuerdo haber hecho, hace algunos días, una factura. El cliente §e empeñó mucho… ¡No sé por qué!

—¿Cómo era ese cliente?

—No lo recuerdo —replicó.

Diez dólares más.

—Era extranjero… ¡Sí! Hablaba francés con un extraño acento…

—¿Qué le vendió?

—No lo recuerdo.

Esta vez no fueron diez dólares más. Este tipo podía quedarse los billetes con más velocidad que la que emplea en imprimirlos la Reserva Federal.

Me limité a apoyar mis musculosos brazos sobre el mostrador y a dejarme caer lentamente hacia donde él estaba, hasta que nuestros ojos quedaron separados por un milímetro de aire.

—Esperaré mientras hace memoria —dije, simplemente.

—¡Ya lo recuerdo! ¡Una pipa! ¡Y un libro!

Le dije que me los enseñase.

Cuando vi la pipa, no tuve duda de que estaba por el camino correcto. Era de madera de brezo y Caspar la había quemado con cariño y paciencia a lo largo de varios meses. Nunca se separaba de ella. Siempre decía que, para un solitario como él, su pipa y una buena carga de tabaco sueco «Borkum Riff», eran la mejor compañía.

La desarmé y examiné con todo cuidado, en busca de quién sabe qué. Luego pedí que me mostrara el libro.

—No recuerdo cuál era… ¡De verdad! —me dijo.

Había una estantería llena de libros. Me acerqué a ella y comencé a darles un vistazo.

Los ojeaba y, luego, los dejaba caer al suelo.

Después que unas obras completas de Shakespeare cayeron entre el polvo, el dueño del establecimiento se acercó a mí.

—Sí… Algo recuerdo… Era una novela… Una novela de Graham Greene.

Di un vistazo por las estanterías hasta tropezar con un ejemplar de The Quiet. American. Una edición de bolsillo de Penguin Books.

En la segunda página, escrito a mano con la letra de Caspar, decía:

Al amigo que me encuentre:

29 – 1-4,5,6,7

Caspar V. Eck

(Fallecido, para el mundo, en Haití, en algún día de 1987).

Entregué 50 dólares al hombrecillo, por las dos piezas, después de asegurarme que no había nada más, y salí a la calle intrigado por el mensaje.

Fui al hotel, decidido a desentrañarlo. Jim Tonic había salido a beberse la ciudad, así que pude dedicarme a su estudio con intensidad. ¿Qué demonios quería decir aquello de: 29 – 1—4,5,6,7?

No era ningún número de teléfono, tampoco era la fecha de ningún vuelo. Tampoco una dirección…

Lo que sí estaba claro era que se trataba de un mensaje para cualquier amigo de Caspar que lo encontrase.

Y, con una súbita inspiración, lo comprendí.

CAPÍTULO III

Aquello significaba: Página 29, Línea 1, palabras 4, 5, 6 y 7.

Rápidamente busque el sitio indicado.

Se trataba de cuatro palabras, en cursiva, que decían: The Triumph of Life[2].

Pero… ¿Qué demonios quería decir aquello?

¿A qué estaba jugando mi buen amigo Caspar?

Después de indicar aquello de «Fallecido en…». ¿Sería capaz de estar bromeando?

No tuve más remedio que esperar hasta la mañana siguiente, para comenzar a realizar mis investigaciones.

En principio, el chico que me había llevado los objetos de Caspar se había despedido, según me informó el encargado de recepción. Pero, a juzgar por lo complacientes que se mostraron conmigo el resto de los chicos, deduje que el otro les había dado abundante información sobre mi generosidad.

—¿Os dice algo la frase «El triunfo de la vida»?

Hubo un apresurado cruce de miradas entre todos ellos. Un aterrorizado cruce de miradas.

Uno de los chicos intentó hablar, y los demás, con sus ojos, le obligaron a callar.

—No importa —dijo el chico, valientemente—. Tarde o temprano se va a enterar.

Les miró directamente a los ojos, desafiante, antes de hablar.

Sus compañeros comenzaron a retirarse, dejándonos solos en medio del *hall* de la entrada del hotel.

—Creo que será mejor que charlemos en un sitio más tranquilo —le dije, llevándole al exterior.

—Pero… Estoy en mi tumo de trabajo y…

Saqué dos billetes de 500 dólares y se los tendí. Sí aquel chico tenía que sufrir el aislamiento de sus compañeros, merecía ser compensado.

Caminamos durante un rato, hasta que le animé a entrar a un bar, cerrado, con aspecto de limpio y varias mesas alejadas de la barra.

El pidió una
Coca-Cola
y yo un «planteur» elaborado a base de ron viejo y zumos de frutas.

Después del primer trago comenzó a hablar.

—«El Triunfo de la Vida» es el nombre de una plantación secreta. Es el lugar donde vive Papá Samé, el más grande de todos los Houngan, los hombres que hacen los Vevés, y realizan los Cambe, bebiéndose un Migan preparado con la sangre del que va a ser su zombie…

—¡Espera un momento! Has dicho un montón de palabras que desconozco… ¿Puedes explicármelas?

—Un Houngan, es lo que vosotros llamaríais un brujo. Los Vevés son dibujos rituales, los Cambe son los hechizos y el Migan es una bebida que se elabora con sangre fresca, y que es muy importante para poder lanzar un maleficio sobre alguien…

—¿Quién es Papá Samé? —pregunté.

—Ya te lo he dicho, el «Grande entre los Grandes», el brujo más poderoso, el más maligno, el más temido…

Bueno, los brujos no me asustan. Ni siquiera esos que te cobran un montón de dólares por tumbarte en un diván, y se dedican a escuchar tus recuerdos de la infancia y, después de muchas sesiones, descubren que todos tus males provienen de que tenías ganas de «cepillarte» a tu osito de peluche…

Si mi gran enemigo era un brujo… No había nada que temer.

Le di las gracias al chico, después de que me dijera dónde se hallaba la plantación, y me dirigí hacia la oficina más cercana de alquiler de coches.

Sólo había una y casi todos los vehículos estaban en manos de la «tribu» de periodistas que había caído sobre Puerto Príncipe, pero, «haciéndome un favor», el encargado del negocio pudo conseguirme una vieja y desvencijada furgoneta «Chevrolet» que a duras penas habría conseguido vender a un desguazador.

Pagué lo que me pedía, y después dejé un billete de 20 dólares sobre el mostrador.

—Soy turista… —Comencé a decir, mientras desaparecía el billete—… y tengo un poco de miedo cuando viajo por un país desconocido. Me gusta llevar algún arma para sentirme más seguro.

—¿Revólver o pistola? —me preguntó sonriente.

—Una metralleta, si pudiera ser.

—Le costará 200 dólares, y 100 más por la munición.

Media hora después el arma estaba en mi poder y yo partía hacia «El Triunfo de la Vida».

El que piense que Haití es un terreno de bosque tropical está completamente equivocado. Si antes era la «Perla del Caribe», hoy podría llamarse «La Cloaca». Sus árboles han desaparecido en las hogueras con las que los nativos se preparan la comida, su agricultura se empobrece y no puede alimentar a sus habitantes, las tierras se salinizan y el desierto crece a pasos agigantados. Se trata del país más pobre de todo el hemisferio norte y, sólo hace unos años, se exportaban frutos tropicales, bebidas… ¡Allí, un árbol es un tesoro!

Todo esto lo cuento para que no os sorprendáis cuando os narre que conduje mi vieja «Chevrolet» por entre montañas escarpadas, con grandes precipicios sin asomo de vegetación; que avancé por llanuras parecidas al Sahara, y que cuando estaba llegando a donde debía de encontrarse «El Triunfo de la Vida» me encontré con un bosque: con un extenso y tupido bosque.

¿Cómo era posible que aquellos árboles se hubieran salvado del desastre general?

¿Tan grande es el poder de los brujos, que nadie se atreve a tocar sus posesiones?

Conduje un rato por entre los árboles, hasta que el camino se hizo intransitable.

Estaba anocheciendo y el ruido de todos los pájaros de la isla restallaba sobre mi cabeza. Pero, cuando cayó la noche, desapareció. Y un silencio denso y profundo lo llenó todo.

Únicamente a lo lejos, como si se tratara de una fantasía auditiva, podía oír un ritmo machacón.

BOOOUUUMMM… BOOOUUUMMM… BOOOUUUMMM… BOOOUUUMMM.

Dejándome llevar por mi instinto, abandoné el coche y comencé

a caminar en busca del ruido.

Fueron tres horas de cansada caminata, devorado por los mosquitos y por todo tipo de insectos que se introducían entre mi piel y la tela de los pantalones.

Pero, al fin, una luminosidad me indicó que había llegado a mi destino.

Me encontraba frente a una gigantesca empalizada de troncos, como esas que se ven en las películas de Tarzán, rodeando a los poblados africanos, y el sonido de los tambores llegaba hasta mí con una intensidad aterradora.

Trepé por el tronco de uno de los árboles, hasta conseguir ver lo que había detrás de la empalizada.

Y mi carne se puso de gallina.

Si no hubiera llevado la metralleta a la espalda, si no la hubiera tocado para asegurarme de que seguía allí, hubiera salido corriendo a toda velocidad.

Cientos de hombres semi-desnudos, con la mirada perdida en el infinito, se movían acompasadamente en una tétrica parodia de desfile militar.

Aunque los había de todas razas y colores, no se veía casi ningún negro o mulato, lo que me extrañó.

Unos pequeños hombres negros, les hacían dar media vuelta, marcar el paso, detenerse y formar como si de un ejército de verdad se tratase.

Sí. Eran zombis[3]. Si no lo hubiera visto, no podría creerlo.

La empalizada de troncos abarcaba una gigantesca extensión. Dentro de ella había varias explanadas por las que pululaban los ejércitos de zombis.

Busqué con la vista a mi amigo Caspar Van Eck, y no tardé en encontrarlo.

Iba vestido únicamente con unos tejanos. Y, por su corpulencia, lo habían puesto a la primera fila de su batallón.

El, que siempre había sido anti-militarista, se veía en este trance.

No creo en los zombis, pero después de haber visto aquello, no tenía más remedio que convencerme de su existencia.

Nadie hubiera conseguido, por ningún procedimiento, que Caspar hiciera todo aquello.

¡Tenía que conseguir hablar con mi amigo! ¡De la forma que

fuera, tenía que estar a solas unos minutos con él!

Tracé un plan: me acercaría a él, cuando se retirara a descansar.

Pero el plan no dio resultado. Aquellos autómatas, aquellos esclavos sin alma, no tenían derecho al descanso.

Cambié mis planes cuando vi que los «instructores militares» se relevaban al frente de los batallones.

Y me decidí por lo directo, por lo impetuoso, por lo sorprendente.

Avancé por una de las ramas del árbol que pasaba sobre la empalizada y, cuando estuve sobre el recinto de «El Triunfo de la Vida», me dejé caer.

Mientras mis pies se apoyaban en el suelo, amartillé la metralleta.

Ningún zombie se volvió hacia mí.

Los instructores no podían verme, ya que los ejércitos se interponían entre ellos y yo.

Y comencé a correr hacia donde estaba Caspar.

Entonces me vieron.

Mi velocidad, en medio de tantos movimientos mortecinos, me delató.

Pero me daba igual.

Los instructores comenzaron a gritar:

—Un intruso… ¡Matadle! ¡Todos a por él!

No me importaron nada sus órdenes.

Seguí corriendo hacia Caspar.

Los zombis dejaron de marcar el paso. Lentamente, se giraron, siguiendo las órdenes de sus instructores, y me buscaron con sus ojos inexpresivos.

Y cuando me localizaron, comenzaron a avanzar hacia mí, con las manos extendidas.

CAPÍTULO IV

Caspar avanzaba entre los demás.

Yo corrí hacia él, driblando los torpes movimientos de los zombis.

Cuando estuve ante mi amigo, me introduje bajo sus brazos, cargué sobre su estómago y, mientras se doblaba, me enderecé.

Ya estaba sobre mi hombro como si fuera un fardo.

Lo sujeté con la mano izquierda, amartillé la metralleta con la derecha y abrí fuego sobre el ejército que me rodeaba.

Había que ver lo que sucedió, para creerlo.

De todas maneras, aunque os resulte inverosímil, os lo explicaré.

Los tipos aquellos acusaban el impacto de mis balas, y caían al suelo, empujados por la fuerza de éstas.

Pero volvían a ponerse en pie, avanzando de nuevo hacia mí.

Si, en lugar de acertar en el pecho, alcanzaba a alguno de mis enemigos en un brazo, éste salía separado del cuerpo, girando sobre sí mismo por el aire, y caía al suelo unos metros más allá.

Pero la sangre no manaba. Ni del brazo, ni del muñón del cuerpo.

Posiblemente habréis visto el «Video musical» de Michael Jackson… pues lo mío era parecido. Sólo que no se trataba de trucos cinematográficos.

En las películas, los protagonistas se detienen, incapaces de creer lo que ven… y los zombis los atrapan.

Bien, yo hice justo lo contrario.

Como si fuera el mejor regateador de un equipo de fútbol, fui librándome de mis enemigos, de dos en dos, de tres en tres, de diez en diez…

Avancé desesperadamente hacia la puerta del recinto.

Caspar intentaba estrangularme y yo tenía que dejar de disparar para darle un cachete y desprenderme de sus zarpas asesinas.

Los dos tipejos que intentaban cerrar la puerta, a juzgar por la velocidad con que lo hacían, no debían de ser zombis, sino «brujos».

Lo descubrí cuando mis balas alcanzaron la cabeza de uno de ellos, y una mezcla de sangre y sesos formó un dibujo abstracto sobre la empalizada.

Y entonces noté un golpe en los riñones.

Un golpe seco, doloroso, intenso, que casi me derribó.

Después un agudo pinchazo en la nuca, un dolor profundo que se abría paso hasta mi cerebro, nublándome la vista e impidiéndome avanzar.

Mis piernas temblaban, el dolor de los riñones me impedía respirar, el cerebro parecía que iba a estallarme…

Las manos de Caspar volvieron a hacer presa en mi cuello.

A duras penas conseguí girarme y ver que no había nadie cerca de mí.

¡Me estaban haciendo vudú! Alguien lanzaba maldiciones sobre mí. Alguien estaba clavando alfileres sagrados en algún muñeco que me representaba…

Vi, al fondo, a un tipo que hacía algo parecido.

Llevaba en las manos un muñeco… un muñeco que sujetaba un libro: El Cuarto Protocolo de Frederik Forsythe.

Reuní las pocas fuerzas que me quedaban, y apunté la metralleta en aquella dirección.

El tipo voló por los aires, el libro también.

Y yo, libre de los hechizos, salí corriendo hacia el exterior.

Corrí durante mucho rato.

Hasta que no me quedaron más fuerzas y caí rendido.

Hacía un buen rato que Caspar no intentaba nada contra mí, así que lo deposité junto a un árbol y me di unos momentos de reposo para recuperarme.

Cuando recobré las fuerzas, cogí mi cantimplora y lancé un chorro sobre la cara de Caspar.

Abrió los ojos, me miró sin verme, y lanzó las manos hacia mi cuello.

Le di un soberano puñetazo. Un golpe de esos que sólo se dan a un amigo… si estás seguro de que no está en condiciones de

devolvértelo.

Caspar cayó inconsciente, si es que se puede estar desmayado siendo un zombi.

Esperé a que despertara. Hacía un buen rato que había amanecido y el sol caía sobre nosotros, a plomo.

Cuando Caspar dio síntomas de recuperarse, utilicé uno de mis viejos trucos: la hipnosis.

Un viejo profesor de psicología me enseñó a hipnotizar, aunque él le llamaba «sofronizar» y decía que era la palabra correcta.

«Sofronizar» o hipnotizar, lo cierto es que se lo hice a Caspar.

Sorprendentemente, pareció reaccionar.

—Caspar… Soy Indy… ¿Me recuerdas?

Una voz bronca, grave y cavernosa me contestó desmayadamente:

—Síiii…

—¿Qué te sucede?

—Estoyyy… muertooo…

—¿Quién lo ha hecho? ¿Por qué?

—Papá Sam. Necesita soldados… Mercenarios para alquilar… a dictadores sudamericanos… a ricos propietarios del Brasil… a ejércitos… Lo descubrí en Beirut…

Entre las «Milicias Atas de Alá» había algunos zombis…

—¿Qué puedo hacer?

—Destrúyelo todo. Papá Sam tiene algunos científicos nucleares trabajando para él. Si consigue fabricar una bomba atómica…

Lo que estaba escuchando podía poner la carne de gallina a cualquiera.

—Lo haré, pero… ¿Cómo puedo traerte a la vida?

—No puedes hacer nada para resucitarme… Sólo puedes ayudarme a… descansar en paz.

—¿No querrás decir que tengo que matarte, que tengo que dispararte? —pregunté horrorizado—. No podría hacerte una cosa así.

—No puedes matarme Indy… ¡Ya estoy muerto! Soy un cadáver sin descanso… Tampoco tendrás que dispararme… una bala no conseguiría nada… ¡Tienes que quemarme! Y luego prender fuego a todo «El Triunfo de la Vida». No dejes nada… Nada… ¡¡¡Nada!!!

Obedecí. Les ahorraré los detalles de cómo se mata a un amigo.

Sólo les diré que, mientras las llamas devoraban el cuerpo de Caspar, me pareció verle sonreír. Y que, mientras me decía «¡Gracias, amigo!», yo noté como una lágrima resbalaba sobre mi mejilla.

Caspar ardió como una brasa: sin llama, sin humo, sin olor a carne quemada.

Cuando el fuego se consumió, ya era de noche. Lancé las cenizas a los cuatro vientos y, reprimiendo las ganas de escapar, me dirigí hacia la plantación de esclavos.

Busqué un árbol y me encaramé a él, tal y como había hecho la noche anterior.

Nada recordaba mi incursión de la otra noche. Los ejércitos seguían desfilando, los instructores dando órdenes…

Lo único diferente era mi furia, mi coraje, mi rabia.

Salté dentro de la empalizada y abrí fuego sobre los zombis.

Sus cuerpos se desmembraron y volaron en todas direcciones.

Corrí hacia uno de los barracones que había visto la noche anterior, mientras me abría sitio, a fuerza de balazos.

Esta vez, los instructores se protegían detrás de los cuerpos de sus esclavos sin vida, animándoles a atacarme, a apoderarse de mí…

De una patada, descerrajé la puerta del barracón más próximo.

Varios hombres blancos se volvieron hacia mí, sin expresión en los rostros.

Llevaban batas blancas y trabajaban ante lo que parecía ser un sofisticado y caro equipo electrónico.

Pero lo que había en medio de la nave, no era nada común: tenía forma de proyectil, y una cabeza abierta en su parte delantera, esperaba su carga nuclear…

Dos de los científicos, con sumo cuidado, llevaban en las manos un pequeño ingenio nuclear…

¡Un disparo perdido podía provocar una catástrofe!

Aterrorizado, aparté mi dedo del gatillo y di media vuelta intentando huir.

Los zombis estaban a pocos pasos de mí, formando una muralla humana, una barrera infranqueable.

No disparé. Utilicé mis puños para apartarlos y corrí en dirección a otro almacén.

Las piernas comenzaron a fallarme.

Un profundo dolor me nació en los testículos, subiendo por el vientre, el pecho, la garganta…

A duras penas abrí la puerta.

Estaba a oscuras. No podía ver el interior.

Estaba huyendo desesperadamente, sin rumbo, sin destino, sin meta, sin propósito, confiando tan sólo en alejar de mí el dolor durante unos segundos, que me permitieran trazarme algún plan.

Era una locura entrar en el oscuro barracón. Allí me encontrarían, no podría huir, me rodearían…

Tropecé con algo y caí al suelo.

Me dolía la rodilla con la misma intensidad que el dolor vudú que me atenazaba todo el cuerpo…

Cogí con las manos lo que me había derribado al suelo, y al tocarlo lo reconocí.

Repentinamente me sentí mejor. El dolor seguía clavándose en todas y cada una de las partes de mi cuerpo.

Pero me encontraba con fuerzas.

La cosa con la que había tropezado era un lanzallamas.

¡Un lanzallamas!

Rápidamente, me lo coloqué a la espalda y salí al exterior.

Me dolía todo cuando abrí fuego.

Un rugido ensordecedor me bloqueó los oídos. Una bofetada de calor me asfixió.

Los cuerpos comenzaron a consumirse ante mí.

Y yo avancé, avancé, avancé… Dejando tras de mí montañas de brasas ardientes y un ruido que jamás olvidaré: unas carcajadas alegres y liberadoras, pero mortales.

Una escalofriante RISA DE DIFUNTOS.

No sé el tiempo que estuve allí. He perdido la noción.

Pero sé que hice un buen trabajo.

Sé que, al amanecer, lo único que quedaba de aquel diabólico lugar era un pequeño ingenio nuclear que descansaba en mi bolsillo, mientras corría frenéticamente hacia mi vieja «Chevrolet».

Tardé poco tiempo en encontrarla.

Y menos tiempo en llegar a Puerto Príncipe, ir al hotel, sacar a Jim Tonic de la cama que compartía con una mulata, llevarlo al aeropuerto y despegar.

—Pero… ¿Puedes explicarme lo que te sucede? ¿Acaso sabes adonde nos dirigimos?

—Sí. Vamos a volar sobre el Atlántico, sobre el punto donde haya más agua.

Le expliqué todo a Jim. Lo escuchó con una sonrisa de ironía… hasta que le mostré la cabeza de la bomba.

Entonces, pareció como si el avión tuviera más alas.

Dejé caer el «aparatito» atómico sobre el mar.

Y respiré profundamente.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Jim.

—A cualquier sitio menos a Haití —le contesté.

FIN

F I N

Sí, pero no.

Vuelva usted la página…

Nota del Autor

A raíz de la publicación de mi novela titulada: Invierno en el Infierno, se han dirigido a mí varios cientos de lectores, escribiéndome y diciéndome que deseaban leer alguno de los cuentos que había escrito durante mi larga invernada en la Antártida.

Pues bien, aquí están.

Mi agente literario ha estado vendiendo los cuentos a diferentes revistas, aunque ha utilizado para su publicación el pseudónimo que empleo habitualmente para estos trabajos: Ned Abercrombie.

Según su fichero, sólo uno de ellos ha sido publicado: ¡No Mataras! Y los otros son inéditos.

Si por algún azar del destino, este cuento ha caído en sus manos y ya ha sido leído por ustedes, les ruego me perdonen, pero es un cuento por el que tengo un especial cariño, y que deseaba ver publicado bajo mi nombre.

Y, además, es del menor extensión de los tres.

Deseo que disfruten de su lectura, aunque puede ser que noten la falta de mi habitual estilo irónico. Pero es que las narraciones breves permiten eso: dar a cada cuento el tratamiento más adecuado.

Les deseo que pasen un buen rato.

Un cordial saludo.

Indy.

¡Héroe!

A John Boorman, por rodar esa maravillosa película llamada Infierno en el Pacífico.

CAPÍTULO PRIMERO

El soldado Sam Burke notó como sus ojos luchaban por impedir el paso de una lágrima.

Allí, en medio de la soleada explanada de la Head Office del Alto Mando de Miyakaku, el soldado Sam Burke se esforzó por aguantar la emoción que le atenazaba la garganta.

Confiaba en que, si esa lágrima escapaba de entre sus párpados, todos la confundieran con una de las muchas gotas de sudor que perlaban su frente, bajo aquel sol de justicia.

Sam Burke era el prototipo de «muchacho americano»: 1,90 de estatura, ojos azules, pelo rubio, perfecta dentadura, anchas espaldas, mentón cuadrado…

El general Petersen, avanzó hacia él, sonriéndole amigablemente, mientras en su mano derecha llevaba la medalla que iba a imponerle.

Sólo Sam Burke, sólo él, sabía lo que le había costado ganar aquella medalla.

CAPÍTULO II

El cabo Alan Breslan era un buen chico. De los once hombres que había en aquel maldito y paradisíaco islote sin nombre, era el único que tenía cigarrillos, y los ofrecía a sus compañeros con una generosidad sin límites.

—¿Cuándo saldremos de aquí? —le preguntó uno de sus hombres, mientras aceptaba el «Chester» que le tendía el cabo.

—Pronto, pronto. Dicen que el Japón está a punto de caer, que es una cuestión de días, o de semanas…

—O de meses, o de años —le interrumpió Sam Burke, lanzando una bocanada de humo contra el cielo azul. Llevo meses y meses oyendo la misma cantinela: que si esto se acaba, que si ya tenemos un pie en casa, que digamos a nuestras novias que preparen las cestas de
«pic-nic»…
Pero lo cierto es que seguimos aquí. ¡Aguantando el pasar de los días!

—No creo que te puedas quejar —respondió el cabo Breslan con la mejor de sus sonrisas—. En estos momentos hay tipos que están con la cabeza enterrada en la arena de una playa oyendo silbar las balas de los japoneses a su alrededor, otros están en la selva, comidos por los mosquitos y las enfermedades, otros prisioneros en algún olvidado campo… y eso sin citar a los miles que han muerto. ¡No creo que puedas quejarte!

Nadie respondió al cabo. El suave susurro que producía el viento, al agitar las hojas de las palmeras, fue el único sonido que rompió aquel silencio.

Sam Burke se limitó a dar la última calada a su cigarro y arrojarlo sobre la espuma de una ola que venía a morir mansamente

a sus pies.

No. No podía quejarse.

Llevaban más de quince días en aquel islote. Un lugar que hubiera hecho las delicias de cualquier soñador: una pequeña isla, de un pequeño archipiélago perdido en el mar, entre Formosa y el Japón. Un lugar lleno de árboles tropicales cargados de dulces y sabrosos frutos, un lugar donde las palmeras iban a morir suavemente donde empezaba un mar azul y cristalino.

Sol, baños de mar, buena comida, descanso… y ni un solo tiro.

El cabo Breslan sonrió feliz, al ver a los hombres que formaban su compañía: vestían en bañador, iban sin afeitar y se desperezaban indolentemente bajo el sol, mientras leían cómics de Male Cali, historias policíacas en Black Mask, o de ciencia-ficción en Astounding o Amazing Stories, y bebían agua de coco, o zumo de alguna de las muchas frutas tropicales.

Sus cuerpos habían adquirido un bronceado que les asemejaba a los jóvenes «surfers» de Malibú Beach, o a los «latín lovers» de Miami.

Cada cuatro días un helicóptero de la Navy se acercaba hasta ellos y les dejaba comida, tabaco, revistas… y si el piloto era un tipo de buen corazón les «vendía a precio de amigo» unas latas de cerveza y unas botellas de *bourbon*.

Si dieta alimenticia la redondeaban con algún pez conseguido gracias a su habilidad y paciencia.

No. No podían quejarse de aquella guerra. O, por lo menos, de aquella etapa de la contienda.

Sam Burke se levantó y palmeó al cabo en el hombro.

—Creo que hoy es nuestro turno de preparar la comida… ¿No es así?

Los dos se dirigieron hacia el interior de la «selva», hacia donde se hallaban instaladas sus tiendas de campaña. A unas decenas de metros de la playa, camufladas bajo la frondosa vegetación.

Una suave brisa, que hacía más soportable los rayos del sol, les acompañó en su breve marcha.

—¿Menú para el día de hoy? —preguntó el cabo.

—Ensalada tropical, peces-sin-nombre a la brasa, y fruta variada —contestó Sam, mientras avivaba el rescoldo.

Tenían siempre un pequeño fuego, que no hacía mucho humo,

por miedo a ser vistos por algún avión japonés. Y, mientras cocinaban, los dos se esforzaron por dispersar el poco humo.

El soldado sacó una placa de metal y la colocó sobre las brasas. Después fue dejando allí los pescados que habían capturado esa misma mañana. No les quitó ni las escamas, ni las tripas.

Mientras tanto, el cabo sacó el paquete de cigarrillos, le tendió uno a Sam, y comenzó a preparar la ensalada.

Al cabo Breslan le disgustaba la guerra y por eso le agradaba la forma de ser de su compañero de cocina. Varias veces se habían salvado mutuamente, varias veces había visto a Sam, en primera posición, protegiendo a los «bebés» en su bautismo de fuego.

Le había visto disparar sobre el enemigo, atacar a bayoneta, defenderse a mordiscos… y matar. Matar a muchos japoneses.

Pero nunca le había visto un gesto de satisfacción ante el cadáver de un enemigo. Lo más que había observado era un gesto de alegría por ser él, el superviviente.

Era muy distinto de todos aquellos chicos que llegaban allí convencidos de que iban a salvar el mundo y se cagaban en los pantalones al oír el primer disparo contra ellos. Pero aquellos mismos chicos, cuando se endurecían, se convertían en carniceros de la peor especie.

¡Si tuviera que enumerar todas las atrocidades que había visto cometer en aquella guerra…!

Pero Sam no era así.

Tampoco es que fuera un chico alegre: hablaba poco y no gastaba ninguna broma. Se limitaba a matar al enemigo, porque «ése es mi actual trabajo, y para eso me pagan», pero nunca lo había realizado como desahogo o venganza.

Los dos eran los únicos supervivientes de la compañía original, de la que habían enviado a combatir al poco tiempo de lo de Pearl Harbour. Juntos habían sentido calor, sed, hambre, náuseas, miedo, fiebre, dolor, ganas de hembra, lágrimas que caían por la mejilla al recordar lo que habían dejado atrás, alegría al recibir las cartas, satisfacción cuando se enseñaban las fotos de sus novias y madrinas de guerra…

El cabo Alan Breslan le debía mucho a Sam Burke. Le debía el poder dormir tranquilo mientras su compañero estaba de guardia en medio de una selva, le debía el auto-control cuando había visto a

sus compañeros muertos y había notado que sus ojos se inyectaban en sangre al ver a los indefensos prisioneros japoneses, le debía la vida…

También Sam estaba en deuda con Alan, en deuda por hacer la vista gorda cuando estaban en una ciudad y veía como Sam se peinaba y daba loción… inmediatamente antes de que el corneta tocara silencio y tuviera que ir a dormir; le debía cientos de «el último cigarrillo del paquete», ese pitillo que sólo da un amigo de verdad; le debía la vida…

Los dos eran amigos. «El Ángel y el Diablo», les llamaban en plan de broma. Sam era rubio, alto… Alan era todo lo contrario. Parecía como si entre sus antepasados hubiera algún mafioso siciliano de fuertes genes. El cabo era bajo, de intensa y poblada cabellera negra, densas cejas, un mentón que siempre parecía estar sin afeitar y un torso, brazos y piernas, peludos como los de un oso de las montañas.

Mientras pensaba en todo esto, vio como su compañero se inclinaba sobre el fuego y daba la vuelta a los peces que se asaban.

—Esto huele la mar de bien. Casi consigue hacerme olvidar el pavo que cocinaba mi madre el «Día de Acción de Gracias»… —dijo Sam.

Esperaron unos minutos más y cuando los pescados estuvieron completamente hechos, los retiró del fuego y los colocó sobre una gruesa hoja de árbol, que hacía las veces de bandeja.

Con la comida preparada se dirigieron hacia la playa.

Los soldados acudieron hacia ellos y cada uno se apoderó de un pescado.

Con las bayonetas quitaron la parte quemada, y la piel salió junto con las escamas, con toda facilidad. Un poco de mantequilla de cacahuete y sal sobre la carne blanca del pescado, constituía todo el condimento.

—Sabrosísimo… —dijo uno de los soldados—. ¿Cómo es posible que estos peces con sólo mantequilla, estén mucho más buenos que los que comemos en los restaurantes de Coney Island, con salsas francesas, verduras al vapor, arroz hervido…?

Nadie le contestó. Todos estaban concentrados en desespinar los pescados que habían elegido.

El pitido del radio-transmisor, situado a la entrada de una de las

tiendas de campaña, rompió el silencio.

—¡Maldita sea! —murmuró Mickey Bellamy, el encargado de transmisiones—. ¿Por qué siempre tienen que llamar cuando estoy comiendo? Espero que sea algo rápido, no quiero que se enfríe mi comida.

Y mientras decía esto, salió a la carrera.

Volvió unos segundos después.

—Es para ti, Alan. Quieren hablar con el jefe del destacamento. Es una llamada del Estado Mayor. Quieren hablar a solas.

Capítulo III

El soldado Sam Burke escuchó a la banda de música tocando el himno de la Nación. Tras el general podía ver su bandera, con las barras y estrellas, meciéndose suavemente bajo la brisa tropical. Una brisa ardiente, que arrastraba partículas de polvo y arena contra su rostro.

El general llegó ante él, y se detuvo.

Se puso firmes y se cuadró.

Sam le devolvió el saludo.

CAPÍTULO IV

El cabo Breslan se dirigió a la carrera hacia el aparato. Cada vez que hablaba con el Alto Mando, temía una mala noticia: que se los llevaban de allí, que los enviaban a primera línea de fuego, que tenían que desembarcar en Okinawa…

—Aquí el cabo Breslan, al mando del destacamento del islote 306. ¿Con quién hablo?

—Soy el coronel Madison. ¿Está usted solo? Cambio.

—Sí, señor, Cambio.

—Está bien. Informe rápido y conciso sobre movimientos de tropas tanto aéreas, como navales o terrestres en su sector, y también sobre la munición de que disponen. Cambio.

—En los quince días que llevamos aquí no hemos visto más que dos cazas japoneses, el segundo día de observación, dirigiéndose hacia el noroeste. No hemos visto ningún otro movimiento. Por otra parte, tenemos intacta la munición que trajimos, ya que no hemos librado ningún combate. Cambio.

—Perfecto. Repasen todo su armamento y doblen las vigilancias. Sabemos que el ejército japonés está preparando una contraofensiva, pero desconocemos por dónde van a intentar romper el cerco a que los tenemos sometidos. En cuanto que vean algo, avísenos sin pérdida de tiempo. ¿Ha comprendido? Cambio.

—Perfectamente. ¿Algo más? Cambio.

—Nada. Buena suerte. Cambio y cierro.

El cabo Alan Breslan colgó el aparato y se quedó unos instantes contemplándolo pensativamente. Al fondo, junto a la playa, los chicos, «sus chicos», se dieron cuenta y poco a poco las conversaciones fueron cesando.

—¿Malas noticias? —le gritó Sam.

—No son buenas —respondió el cabo, comenzando a caminar hacia ellos.

—¿Se acabaron las vacaciones? ¿Tenemos que volver a la «oficina a trabajar»? —interrogó, con su aire habitual de broma, Mickey Bellamy, el encargado de transmisiones.

—No. Lo siento. Me parece que nos van a traer el trabajo a casa…

En pocos segundos puso al corriente de las novedades a sus compañeros.

En escasos minutos, como si fuera un mal presagio, el cielo comenzó a poblarse de densas y profundas nubes grises, que amenazaban con romperse en agua sobre sus cabezas.

Rápidamente el cabo Breslan impartió órdenes: vigilancia en grupos de dos, desde lo alto del islote, con relevos cada ocho horas. Nada de estar fuera de la cobertura de la vegetación, nada de fuego que pudiera provocar humo, nada de alcohol. Y, antes de las seis, revisión de armamento.

—Todo esto para que, en este mismo momento, los «japs» estén rindiéndose ante el general McArthur —refunfuñó uno de los soldados.

—Si es así… ¡Mejor! —replicó secamente el cabo, indicando que sus órdenes no se discutían—. Y si este trabajo no es en balde… ¡Mucho mejor todavía!

No se pusieron los trajes de camuflaje, pero el campamento, que parecía de *boyscouts* en vacaciones, tomó un aire militar en pocos minutos.

A las seis, el cabo Breslan, pasó revista a los sub-fusiles «Thomsom MI Al» de sus hombres. Comprobó que los cargadores tuvieran cada uno 30 cartuchos, que los de repuesto estuvieran llenos, que cada hombre llevara su cantimplora, sus granadas de mano, el casco…

PIIIIT-PIIIIT-PIIIIT… Avisó uno de los transmisores portátiles, que se habían llevado los hombres del puesto de guardia.

—¿Qué sucede? ¡Cambio! —gritó el cabo.

—Aviones «japs». Son más de una docena. Me parece que llevan aparatos de reconocimiento, cazas, y un bombardero… ¡Vienen hacia aquí! ¿Qué hacemos? ¡Cambio!

—No dejéis que os vean… ¡Cambio y cierro!

El ruido de los motores de los aviones llegó hasta ellos.

Antes de que pudieran darse cuenta, un Zero-Zeque en vuelo rasante pasó, sobre la playa que antes habían ocupado alegremente, haciendo agitarse algunas de las revistas que habían quedado allí.

—¡Maldita sea! —murmuró el cabo—. Espero que no las vean…

El avión pasó de largo, y el cabo salió de su escondrijo, a la carrera, para recoger las revistas de colores.

Hasta que no llevaba recorrida la mitad del camino, no se dio cuenta de que el ruido del motor del avión no disminuía, de que más bien iba en aumento.

Sólo pudo levantar la vista y ver como otro avión, volando aún más bajo, se acercaba hacia él. Por un momento casi pudo ver la cara del piloto.

El cabo Breslan, siempre el primero, para dar ejemplo, vestía el uniforme completo.

El piloto no dejó de darse cuenta de ese detalle.

Pero no hizo nada. Y el cabo tampoco.

El daño ya estaba hecho…

Se limitó a volver sobre sus pasos.

—Quizá no te hayan visto… —murmuró Mickey.

—Prepararos para el combate. Tarde o temprano vendrán. Y tú, ponme con el coronel Madison. Tengo que decirle que nos han descubierto.

El coronel le tranquilizó. Según sus informaciones, la marina japonesa quería romper el bloqueo y estaban buscando un sitio libre para pasar sus barcos. Lo más seguro era que al ver que aquel islote estaba ocupado, buscarían otro sitio más seguro…

—… No creo que pase nada, pero, por si acaso, mantengan la vigilancia máxima, y ténganos informados de cualquier novedad.

Mientras el cabo colgaba el aparato, comenzó a llover.

CAPÍTULO V

El general carraspeó ligeramente antes de comenzar a hablar.

—Soldado Burke… Tengo el honor de imponerle esta condecoración, en nombre del Presidente de los Estados Unidos. Una condecoración que significa mucho más que un trozo de trapo y algo de metal. Una condecoración que es muestra del agradecimiento de todos nuestros compatriotas, desde las cálidas llanuras de Texas hasta las frías montañas de Michigan, por defender nuestros hogares, nuestras familias, nuestro modo de ver y entender la vida. Una condecoración que no es para usted o, mejor dicho, que no es sólo para usted.

El general tardó unos segundos en seguir hablando, mientras sus ojos, se clavaron en los de Sam.

CAPÍTULO VI

A las doce de la noche, comenzó el infierno.

Sin saber de dónde venían, las explosiones comenzaron a estallar entre ellos.

—¡Nos bombardean! —gritó Sam, saltando de la manta sobre la que dormía.

El cabo ya estaba junto a Mickey, hablando con el puesto de mando.

—¡Mala suerte, cabo! —le dijo el coronel Madison—. Han decidido romper el bloqueo por donde se halla usted y sus hombres. Si conquistan el islote, dominarán un buen punto para instalar cañones y proteger el paso de sus barcos de guerra… Sólo puedo ordenarle que resista, que no deje que los «japs» se hagan con la isla. Cuando cese esta maldita tormenta mandaremos a los aviones y paracaidistas en su ayuda. Hasta entonces, todo el trabajo lo tienen que hacer ustedes… ¡Buena suerte! Cambio y cierro.

Fueron las peores horas de la vida de Sam.

Acostumbrado como estaba a todo tipo de horrores, lo que vio aquella noche le persiguió durante muchos años, en las noches de insomnio.

Vio como los pantalones de Chester Hasley, con sus piernas dentro, volaban por los aires hasta quedar colgados de una palmera, mientras el chico se debatía en espasmos y la sangre manaba de su vientre amputado.

Vio como Douglas Drapper caía fulminado sin que nada le hubiera alcanzado. Sólo cuando estuvo junto a él, vio una pequeña esquirla de metralla clavada en su cerebro, después de haber reventado el ojo derecho.

Vio como el equipo de transmisión, alcanzado de lleno por una

bomba, saltaba por los aires e iba a empotrarse en la espalda de Joe Martin, el joven vaquero de Texas.

Y después vio lo peor.

Cientos de japoneses parecieron salir de la nada y caer sobre ellos, como un río que acaba de romper la presa y se lanza, incontenible, llevándose ante él todo lo que encuentra.

Disparó a ciegas, sin apuntar, sabiendo que cada una de sus balas iba a encontrar un destinatario, porque los «japs» formaban ante ellos una pared compacta.

Disparó, cambió de cargador y volvió a disparar. Sus oídos parecían haberse vuelto insensibles, ante el sonido de su arma, de las de sus compañeros, de las de sus enemigos.

Vio caer a Jeff, a «Nuddles», a Jerry…

Sólo quedaban él y cuatro más: Alan, Michael, Willy y Clark.

Y entonces se produjo el milagro.

La muralla humana que había ante él, comenzó a mostrar claros.

Y Sam avanzó.

Avanzó sin darse cuenta de lo que hacía, por instinto, sabiendo que la mejor defensa es el ataque, que un enemigo muerto es uno menos y, además, ya no es enemigo.

A su lado sintió a sus compañeros que le seguían, que luchaban con él, que le apoyaban…

Disparó como un loco, y cuando llegó a la playa, corrió hacia los lanchones de desembarco a los que procuraban subirse las dos docenas de japoneses que huían despavoridos.

Soltó una de las granadas de su cinturón, le arrancó la espoleta con los dientes, y la arrojó hacia la barcaza.

Estalló en medio de una docena de cuerpos que volaron por los aires, entre estremecedores gritos.

Sobre él pasaron varias granadas, lanzadas por sus compañeros, que terminaron la labor que él había comenzado.

Capítulo VII

—Una condecoración… —prosiguió el general, sin apartar su vista de Sam—… que recibe usted en nombre de todos sus compañeros desaparecidos… por defender todas esas cosas que acabo de citar. «Nuestras cosas», las que nos hacen ser la nación más poderosa del mundo, las que hacen que nuestros jóvenes piensen en un futuro más justo y más libre, en el que puedan desarrollar un trabajo honesto, fundar una familia, y esforzarse y luchar por alcanzar la cima y el respeto de sus vecinos y amigos. Un futuro en el que la maldad de unos pocos no intente imponerse por la fuerza a todos sus semejantes. En homenaje a ti, y a todos los que como tú dejaron voluntariamente a sus familias y vinieron a defender sus compatriotas a estas lejanas tierras…

Mientras decía esto, el general sacó una medalla de una caja azul, forrada de terciopelo.

CAPÍTULO VIII

El cabo Breslan fue el primero en reaccionar.

Se llevó los prismáticos a los ojos y escrutó el horizonte.

—Parece que se alejan… ¡Sí! ¡Se van!

Bajó los gemelos de campaña y Sam pudo ver como sus ojos estaban velados por las lágrimas…

—¡Los hemos vencido! ¡Se retiran! —dijo el cabo con un hilillo de voz.

Comenzaba a amanecer.

De pie sólo permanecían Sam, Alan y Michael.

Willy y Clark habían muerto.

Tres.

¡Dios!

¡Sólo tres supervivientes!

La playa tropical se había convertido en un cementerio silencioso y poblado.

Junto a los cadáveres de sus compañeros, mezclados con ellos, se hallaban los de los soldados japoneses.

Sam empezó a hacer un recuento somero, y lo abandonó a los pocos minutos, cuando iba por el cadáver número 132.

El cabo le sacó de sus pensamientos ofreciéndole un cigarrillo.

—¿Sabes? De ésta nos condecoran, seremos héroes… ¿Lo entiendes? ¡HEROES! Hemos derrotado al ejército japonés. ¡¡¡NOS CONDECORARAN!!!

Sam encendió el cigarrillo y se sentó a la sombra de una palmera.

—Espero que esta guerra termine pronto… —seguía diciendo el cabo Breslan con la mirada perdida—. Cuando vuelva a casa, cogeré a mi hermano Jack y montaremos un taller de reparaciones de

coches. Cuando me vine a la guerra sólo tenía doce años, pero ya está hecho un hombre y, según cuenta mi padre, es todo un experto en motores, como yo.

Sam dio una profunda calada a su cigarrillo. Nunca había pensado en una medalla hasta ahora. Su imaginación se había contentado en chicas, permisos, buena comida… ¡Una medalla!

—Yo también quiero que termine esto —siguió diciendo Michael Bellamy, el encargado de transmisiones, como si el cabo le hubiera cedido la palabra—. Me casaré y pondré una granja de caballos en Massachusetts. Es lo que siempre hemos soñado Lois y yo. Una vida en el campo, sana y al aire libre. ¡Y tener niños, muchos niños! Y contarles cuentos en los atardeceres de invierno, junto a la chimenea…

Sam no dijo nada. Era «su turno», pero calló.

¡Una medalla! Seguro que en su pueblo todos le respetarían, las chicas de las mejores familias querrían casarse con él, todos pedirían su consejo, querrían que participase en sus negocios, que fuese a sus fiestas… ¡Sería el héroe!

—¿Qué vas a hacer tú, Sam? —preguntó el cabo Breslan.

Tardó unos segundos en contestar, pero lo hizo con voz grave y firme:

—Yo seré héroe. Más que vosotros. Yo seré el único superviviente del islote 306. ¡¡El héroe del 306!!

Y mientras decía esto, amartilló su subfusil y abrió fuego sobre sus dos compañeros.

Capítulo IX

La patrulla que vino a rescatarle trabajó profundamente enterrando los cadáveres de sus compañeros. Nadie se molestó en extraer una bala del cuerpo de Alan o de Michael y comprobar que no se trataba de un cartucho japonés.

El teniente médico dio un calmante a Sam, y lo metió en el primer helicóptero que despegó.

—Tranquilo chico, Lo peor ya ha pasado. El coronel Madison no podía creerse que solamente vosotros hayáis frenado la ofensiva japonesa. ¡Hay más de quinientos «japs» muertos! A los chicos les espera un buen trabajo hasta que los entierren a todos.

Capítulo X

El general colgó la medalla en su pecho, retrocedió un paso y se cuadró ante él, saludándole militarmente.

Sam Burke respondió de la misma manera.

Y *entonces, se escapó la lágrima, pero el general no la vio.*

Una lágrima de emoción, de dolor, de recuerdos.

Y *es que sólo él, sólo Sam Burke, sabía lo que le había costado ganar aquella medalla.*

El precio que había pagado por ser un héroe querido y respetado por todos:

¿NO HAN OBSERVADO QUE…?

Para Fredric Brown y Stanley Ellin, reyes del suspense. Con admiración y agradecimiento por los buenos ratos que me han hecho pasar.

Capítulo primero

No es posible que yo sea la única persona en el mundo sobre cuyos hombros gravita esta pesada carga.

¡No puede ser!

Un psiquiatra afirmaría tajantemente que soy un caso patológico, un neurótico o paranoico o cualquier otra cosa parecida.

Y, sin embargo, no lo soy.

Soy médico, especialista en enfermedades del pulmón y tengo a mi cargo la sala de esta especialidad en uno de los hospitales más importantes de Seattle. No les voy a decir en cuál, para evitar que vengan a pedirme cuentas, si se ven afectados por mis actos.

Se trata de un hospital público y gratuito, destinado a personas menesterosas, y regentado por una orden religiosa. Comencé a trabajar en él nada más terminar la carrera y he de reconocer que buena parte de mi actual prestigio profesional, es debido a la propaganda que los numerosos pacientes del hospital me han hecho entre sus amigos y familiares.

El hablarles de mi profesión no tiene otro propósito que el de definirme como persona de formación científica, poco dada a elucubraciones, brujerías u otras supersticiones similares.

Aunque, he de reconocer que existen casualidades que sobrepasan los límites estadísticos del azar para convertirse en quebraderos de cabeza inexplicables.

En pesadillas insoportables.

Por ejemplo… ¿Nunca ha comenzado a llover torrencialmente, en un día soleado, después de que hubieran lavado su coche, dispuestos a partir hacia su segunda residencia?

¿Jamás se han sentido presos de una conjura cósmica cuando, habiendo invitado a cenar a algunos amigos, se ha estropeado la

lavadora y mientras intentaba contener las lluvias monzónicas que brotaban de ella, sus invitados han llamado al interfono y, después de franquearles la entrada, descubre que la cena se ha quemado en el horno y que la última botella de *whisky* escasamente contiene un dedo de contenido?

Todos, repito, todos nos hemos sentido en algún momento, en medio de una maldita racha de acontecimientos desagradables, que nos golpeaban a mayor velocidad de la que necesitábamos para encajarlos.

Estos sucesos no pasan de ser meras acumulaciones de pequeños desastres cotidianos, pero si los estudiamos a fondo podríamos encontrar el elemento que los desencadena.

Porque lo hay.

Yo soy una buena prueba de ello.

Por ejemplo: «mi» sala del hospital, donde permanecen internados mis pacientes.

Se trata de un recinto donde se «almacenan» catorce enfermos, todos ellos en bastante mal estado. La puerta de entrada se halla orientada hacia el Norte y hay dos camas a cada lado de la puerta. La pared de enfrente, la del Sur, tiene cuatro camas, y las otras dos alinean tres lechos cada una. Los pacientes disponen, en las cercanías de su cama, de una mesilla, una pequeña taquilla metálica y una silla para el descanso de las visitas. Como podrán deducir, se trata de una gran sala, típica de hospital antiguo, en el que sigo trabajando, más por una cuestión de humanidad y sentimentalismo, que por móviles económicos.

Durante varios meses estuve realizando una singular estadística con unos resultados verdaderamente sorprendentes: el 60% de los fallecimientos de la sala, se producen en la pared orientada hacia el Este. Como contrapartida, en la opuesta, el índice de mortandad escasamente afectaba a un 2% de los pacientes.

Ni la dirección del hospital, ni yo mismo, seguimos ningún criterio en la adjudicación de las camas: el primer enfermo de la lista de espera ocupa la primera cama que queda libre.

Desde el día que los datos de la «estadística» estuvieron en mis manos, comencé a realizar pequeños «experimentos» con mis pacientes: seleccionaba a alguno que no tuviera una enfermedad mortal, y lo trasladaba a la pared Este, en una de las tres camas

malditas.

Antes de 48 horas el paciente sufría una súbita agravación de su dolencia: lo que parecía ser una pulmonía sin complicaciones, se veía incrementada con una anemia, una insuficiencia hepática o una alergia a alguno de los fármacos administrados…

Como podrán comprender, aquello depositaba sobre mí una grave responsabilidad ineludible: yo decidía quién iba a morir, y quién iba a superar una grave enfermedad y salir con vida del hospital.

No es tan riguroso como pueda parecer a primera vista: hay casos en los que, bien por su avanzada edad, bien por su cuadro clínico, o por otras causas, ni siquiera colocando a los enfermos en la pared oeste, la de los misteriosos efectos terapéuticos, se conseguía que siguieran viviendo. Pero, en muchos casos, hasta los enfermos más desahuciados experimentaban una súbita mejoría.

Puedo asegurar que durante bastantes meses intenté encontrar una explicación razonable y científica para aquel hecho. Pero no pude hallarla, y mis tímidos comentarios a otros médicos, no consiguieron más que alguna sonrisa irónica.

Para desahogar la presión que sentía sobre mí, intenté de la dirección del hospital que dejasen desocupada la pared éste. He de reconocer que no me atreví a exponerles en mi carta, los poderosos argumentos que tenía a favor de esta propuesta, por temor a que comenzasen a tener dudas sobre mi estado de salud mental. Ya que, aunque agobiado por el problema, no he llegado al extremo de pensar que todos deben de encontrar lógica mi propuesta.

Así pues, aduje los vagos motivos de la inconveniencia de tener tantas personas afectadas del pulmón, de diferentes maneras, en la misma sala.

La respuesta de la dirección, no se hizo esperar. Me indicaron que, de ser cierto lo que decía, se trataría de tener menos pacientes en la sala, y no de desocupar una de sus paredes. Terminaban afirmando que comprendían mi interés y que tomaban buena nota de él, para tenerlo en consideración en un futuro próximo, cuando no se viesen agobiados por la abundancia de peticiones de cama que se estaban recibiendo en aquellos momentos.

Era lo mismo que decir que no.

Recuerdo que aquella noche no logré conciliar el sueño hasta

bien entrada la madrugada. A la una, cuando mi esposa y mis dos hijos se retiraron a dormir, yo permanecí en mi biblioteca, con una copa de «Marc de *Champagne*» francés, intentando hallar una salida satisfactoria a mi situación.

He de reconocer que me angustiaba la perspectiva de verme abocado a seleccionar quién debía de morir y quién no. Era demasiado agobiante para mí.

Por otra parte no cabía recurrir a un simple cálculo matemático de edades, permitiendo sobrevivir a los más jóvenes y destinando los más ancianos a la pared éste. ¿Cuántos viejos, que hubieran logrado salir de la crisis, podrían fallecer si su «cama» era ocupada por un joven en grave estado?

¿Cuántas personas condenaba, yo, a muerte?

Al día siguiente, y ante el asombro del personal auxiliar del hospital, decidí establecer unos turnos rotativos entre los enfermos. Cada dos días redistribuía a mis pacientes y, escudándome en criterios de «percepción de sol», los hacía cambiar de cama. Elegía su nueva ubicación atendiendo al estado de su dolencia, a los días de permanencia en la «zona mortal…».

Criterios que no podía explicar satisfactoriamente y que a los ojos del resto del personal del hospital, tenían tintes de arbitrariedad maniática, cuando no de signo externo de locura.

Evidentemente, esta decisión mía no fue bien aceptada. Desde las enfermeras a los auxiliares de clínica, pasando por el personal de lavandería, acudieron a quejarse al administrador del hospital.

Los familiares de mis internos llegaron a dudar de mi buena salud mental y algunos de los médicos responsables de otras salas me sugirieron la posibilidad de que visitase a un psiquiatra para aliviar mis tensiones, «ya que se me veía sumamente fatigado».

La salida más cómoda sería renunciar a seguir visitando pacientes en el hospital. Mi situación económica no se vería afectada en absoluto. Más bien al contrario, ya que acudir a las diez de la mañana a la consulta del hospital, me obligaba a madrugar para llegar a la ciudad, desde el pueblo costero en que vivimos. Y si las dos horas que allí empleo, las dedicase a mi consulta privada me supondrían unos ingresos bastante más cuantiosos que la «testimonial» nómina que me tiene adjudicada (y congelada desde hace varios años) la orden religiosa que regenta el hospital.

Pero esa solución no me satisfacía lo más mínimo. No. Por lo menos hasta que logre averiguar el motivo por el que se producen estos hechos.

Por otra parte mi curiosidad por los llamémosles «sucesos inexplicables» ha ido en aumento. ¿Por qué en un pueblo de unos montes de España, llamados Pirineos, desde hace varios años sólo nacen hembras? ¿Por qué nacen más niños prematuros en New York, en los días de luna llena? ¿Por qué, cíclicamente, entran en crisis el mismo día, un buen número de enfermos maníaco-depresivos de todos los hospitales de la Costa Este de los EE. UU.? ¿A qué es debido que el mayor porcentaje de partos se produzca en martes, mientras que en domingo casi no se producen?

Algunas de estas preguntas ya tienen respuesta, aunque no se la he dado yo, sino mis múltiples lecturas sobre el tema. Así he aprendido que en época calurosa, la duración media de los partos es dos horas inferior a las épocas frías. También he aprendido que la Luna llena precipita las crisis de los depresivos.

Y así, hasta un buen número de relaciones causa-efecto.

Todo esto se estaba convirtiendo en una pasión obsesiva, que se apoderaba de mí y no me abandonaba hasta que quedaba calmada mi curiosidad.

Cualquier hecho cotidiano de mi vida, si se repetía, me empujaba a estudiarlo y encontrar alguna relación oculta con otro hecho aparentemente sin conexión.

Así descubrí el peligro de la botella de licor de arándano.

CAPÍTULO II

Era un regalo navideño de un ex paciente agradecido. Yo no soy muy aficionado al alcohol y mis preferencias no van más allá de seis o siete clases de bebidas, y me mantengo fiel a mis marcas favoritas, sin realizar muchas aventuras en busca de sorpresas para el paladar.

Por esto, y una vez probado su contenido el mismo día que me la regalaron, la botella de licor de arándano permaneció arrinconada en los estantes superiores del bar durante varios meses.

Una tarde, haciendo selección, me tropecé con ella y me apeteció tomar una copa.

Lo hice.

La botella quedó abandonada sin yo darme cuenta, sobre la barra del bar, y el personal de servicio no la recogió pensando en que yo la habría dejado allí por algún motivo especial. Al día siguiente, cuando dejé el periódico (en el que se comentaba el atentado contra el presidente Reagan), me encontré con la botella y, por simple pereza, la situé en una de las estanterías bajas, entre las más usadas.

Tardé casi un mes y medio en volver a tomar otra copa de aquel extraño licor. Lo hice exactamente el 12 de mayo de 1981.

Al día siguiente, el 13 de mayo, un turco atentó contra la vida de Juan Pablo II, en mitad de la Plaza de San Pedro del Vaticano, ante miles de fieles.

Cuando leí la noticia, me vino a la memoria inmediatamente el recuerdo del atentado a Reagan.

Frenéticamente, comencé a buscar entre mis agendas la fecha en que me habían regalado la botella. Casi volví loca a mi enfermera urgiéndole a que localizase alguna pista sobre el día en que me habían hecho aquel obsequio.

Fue un trabajo casi de arqueología, pero al fin, mi enfermera consiguió recordar, gracias a no sé qué líos con enfermos que no habían acudido, la consulta medio vacía, y un montón de cosas más, que la visita se había producido el día 8 de diciembre de 1980.

Acudí velozmente a un libro-resumen de aquel año.

El día 9, el día siguiente a mi primera copa de licor de arándano, un loco había asesinado a tiros a John Lennon, en la portería de los apartamentos Dakota.

He de confesarles que al realizar aquel descubrimiento, un sudor frío comenzó a recorrerme todo el cuerpo. Ya poseía tres elementos en la cadena de relaciones causa-efecto.

Por una parte, estaba convencido de que podía considerarme casi cómplice de aquellos asesinos. Y, por otra, estaba plenamente seguro de que me deslizaba cada vez más rápidamente hacia el terreno de las más burdas supersticiones, por un simple encadenamiento de casualidades.

Aunque lo más lógico hubiera sido arrojar el contenido de la botella por el lavabo, me resistía a hacerlo, ya que significaba renunciar a la posibilidad de confirmar mis teorías.

La posibilidad.

La maldita posibilidad.

Durante varias semanas, miré sin cesar a la botella, orgullosa y altiva, en el más alto estante de mi bar.

Ella podía ayudarme a deshacerme de mis pesadillas, o podía convertirse en instigadora de un intento de asesinato.

Mi esposa me avisó de que mi carácter estaba cambiando, de que pasaba horas y más horas encerrado en la biblioteca, sin hacer otra cosa que estudiar la pared.

Incluso en las fiestas que organizamos en casa, no tan frecuentemente como deseaba ella, cuando acudo con los hombres a tomar una copa en la biblioteca no puedo resistir el lanzar miradas hacia el último estante, rezando porque alguien no tenga la idea de probar aquel licor.

Pasé un verano amargo: ni los paseos en barca, ni las visitas de amigos, ni siquiera el crucero que realizamos por el Caribe, sirvieron para alejar de mi mente la imagen de aquella botella de contenido mortal.

Mi comportamiento se había visto más alterado de lo que yo

imaginaba. Constantemente anotaba en un pequeño diario (que se iba agrandando a fuerza de apuntes meticulosos) todas las acciones que iba realizando y que pudieran ser desencadenantes de otros hechos. Rehuía la novedad y me encerraba en una rutina metódica e inalterable que me asegurase no estar provocando un torrente de desgracias sobre personas conocidas o desconocidas.

Frecuentemente me asaltaba la idea de que aunque parecía que mis hechos no desencadenaban males ulteriores, podían estar afectando a personas anónimas: pescadores de las Fidji, camareros de Bahía, porteadores de Tanzania, chóferes de Amsterdam, oficinistas de Buenos Aires… ¿Quién podía asegurarme que mi rutina no estaba afectando a gentes desconocidas cuyas muertes no salían reflejadas en las primeras páginas de los diarios?

La sola posibilidad de haberme convertido en un monstruoso e inconsciente «Ángel Exterminador» me privaba del sueño, del apetito, de las ganas de reír…

Volví del crucero aún más agotado y nervioso de lo que había partido. Prohibí a Laura, mi esposa, que celebrase ninguna fiesta en casa, que invitase a amigos…

Aunque me torturaba asesinar a desconocidos, aquello era preferible al hecho de saber, con certeza, de que era cómplice de atentados.

Al menos aquella rutina me mantenía a salvo de la certeza de ser un asesino.

Los quince días que siguieron a nuestro retorno del Caribe estuvieron marcados por el más estricto de los enclaustramientos. No sólo me negaba a acudir a la playa, sino que renuncié hasta a los paseos por el jardín que rodea nuestra casa.

Permanecía horas y horas en la biblioteca, apuntando todos y cada uno de mis actos y contrastándolos con la colección de periódicos que estaba comenzando a guardar.

Laura, cansada de las tediosas vacaciones que le estaba brindando aquel año, decidió ir a París para renovar su vestuario de invierno.

Yo, que normalmente refunfuño ante su marcha, la acogí como una liberación, ya que mi miedo a la novedad se había convertido en una fuente de desavenencias y disputas. Consultando mi escrupuloso diario, podía asegurar que Laura y yo llevábamos más

de tres meses sin realizar el amor, pese a que ella había utilizado algunos de los trucos que sabía surtían efecto inmediato sobre mí.

La despedí el 2 de octubre, con un ligero beso en las mejillas, mientras se llevaba nuestro «BMW» que dejaría en el *parking* de mi consultorio en Seattle, por si yo lo necesitaba.

Me encerré en la biblioteca, con la mirada fija en la botella.

El servicio comenzaba a mirarme con una mezcla de miedo y compasión. Les exigía que las comidas me fueran servidas a una hora exacta y determinada, que no me pasasen llamadas, que no me interrumpieran bajo ningún concepto…

Por fin, el día 5, mientras realizaba el afeitado de media tarde, decidí renunciar a aquella locura.

Arrojé la maquinilla contra el lavabo y salí corriendo hacia la biblioteca. Tomé la botella y, sin molestarme en coger un vaso, bebí a gollete.

Fue un trago largo que me quemó las entrañas.

Permanecí toda la noche en pie y, al amanecer, mandé al jardinero a la ciudad, para que comprase la primera edición del primer periódico que encontrase.

Volvió sobre las siete y me tendió un ejemplar doblado. Tan sumamente desencajado debía de estar mi rostro que me lo tendió sin atreverse a mirarme a los ojos.

Tomé el periódico con manos temblorosas, le di las gracias y me dirigí hacia la biblioteca, sin atreverme a mirarlo allí mismo.

Los titulares me golpearon en los ojos:

UN COMANDO SUICIDA DESCABEZA EGIPTO.

SADAT, ASESINADO A BOMBAZOS Y DISPAROS

POR SOLDADOS QUE DESFILABAN ANTE EL.

No sé cómo no me derrumbé en aquel momento, pero sacando fuerzas de flaqueza tomé la botella, me acerqué a la abierta ventana y la estrellé sobre las piedras planas que marcan el camino, entre el césped, hasta el pórtico de entrada.

Se hizo en mil añicos y el sol de aquel día evaporó el líquido sin dejar ningún rastro.

Resistí los tres años siguientes gracias a que no hallé ninguna

otra sucesión de elementos susceptibles de aparejarse con otros sucesos aparentemente sin conexión.

Pero sólo hasta el año 1985.

El 3 de marzo de aquel año, acudí al dentista para que me realizara un empaste.

En los diarios del día siguiente y en primera página, aparecía la noticia de que un autobús escolar cargado de niños que se dirigía a realizar una excursión campestre, se había despeñado por un desfiladero en la Cordillera de las Aridondacs.

Resultado: 7 niños muertos.

No relacioné estos dos sucesos, hasta el día 22 de enero de 1986 en que volví a mi dentista para realizar la periódica limpieza de boca.

El 23, en un colegio de Miami, se producía una intoxicación masiva en los comedores. Alguna sustancia tóxica había sido utilizada, por error, en la preparación del menú diario.

Sesenta y cuatro chicos y chicas, eran ingresados en estado comatoso, en un hospital próximo. Los médicos de guardia y las Unidades de Cuidados Intensivos, se veían incapaces de afrontar un caso como aquél, y habían pedido ayuda a otros hospitales. Los chicos debían de ser asistidos en la respiración… comenzaban a padecer espasmos y contracciones musculares, insuficiencias cardíacas, hepáticas…

En los dos días siguientes fallecieron 18 niños.

¿Podía, en mis circunstancias, pasar por alto estos hechos? ¿Cabía la posibilidad de considerarlos una mera coincidencia?

Lo comprobé el mes de agosto. Un doloroso flemón me obligó a acudir al dentista el día 18. Afortunadamente mi odontólogo habitual se hallaba de vacaciones y pedí hora en otro, también conocido, confiando en que al variar de médico, al modificar uno de los elementos, se alterase el resultado final.

El día 19, en un incendio forestal ocurrido en el Estado de Maine, fallecían 47 niños que se hallaban disfrutando de sus vacaciones en un campamento de verano, a orillas de uno de los maravillosos y pacíficos lagos de la zona.

¿Se han dado cuenta de que siempre son niños?

¿Han observado que la cifra de muertos siempre va en aumento?

¿Han reparado en que siempre sucede en los Estados Unidos?

Desde el momento en que hice este descubrimiento he extremado las precauciones y la higiene bucal, hasta límites que rayan en la hipocondría: me hago traer agua fluorada desde Alemania, me limpio los dientes escrupulosamente más de una docena de veces al día, he seguido unos cursillos de odontología para poder solucionarme, yo mismo, pequeñas complicaciones, sin tener que acudir a un profesional, y provocar las condiciones para una nueva catástrofe…

Pero llevo tres noches sin dormir.

Tres noches sin descansar ni un solo instante.

Tres noches a solas con mis pensamientos.

¡No aguanto más!

¡Esta maldita muela del juicio me va a matar!

A mí o… ¿a cuántos más?

¿A cuántos niños más?

FIN

Nota: No puedo prevenir a las autoridades para que eviten concentraciones masivas de niños, porque no me creerían.

Pero, si usted lee este cuento… no deje que su hijo se junte con sus amigos… ¡¡Por favor!!

¡NO MATARAS!

Dedicado a John Ball, autor de la novela titulada «En el calor de la noche»*, a Norman Jewison por la versión cinematográfica, y a Quincy Jones y Ray Charles por ponerle música.*

CAPÍTULO PRIMERO

Billy Joe Walker tenía el rostro congestionado por la ira. Estaba gritando a su esposa, estrujaba entre las manos su gorra de policía. Con un ruido seco, el plástico de la visera se quebró. Billy Joe no le prestó atención y siguió gritando:

—¡No quiero volver a oír hablar de cambiarnos de casa! Mi sueldo de policía no lo permite… ¡Y punto!

Dio media vuelta y salió de la casa dando un portazo. Se detuvo unos momentos bajo el porche. El calor era agobiante aquella noche. Soplaba viento sur. Cálido y pegajoso viento sur. El policía se pasó la mano por la frente para retirarse el sudor y luego la secó en la lona de la hamaca.

Descendió los tres escalones y se acercó hacia el coche aparcado junto a la valla. Billy Joe era excesivamente alto, pero su estructura corporal era lo suficientemente ancha como para que, con sus doscientas cincuenta libras de peso, pareciera más fuerte que grueso.

Se introdujo en el coche, volvió a secarse la cara con una toallita de papel y puso en marcha el vehículo dirigiéndose hacia la oficina del *sheriff*.

Habitualmente no discutía con Maggie, su esposa, pero ella llevaba una temporada en que pretendía convencerle de que se cambiara a un trabajo mejor, un trabajo que le permitiera alquilar una casa en la zona residencial del pueblo. «¡Manías de mujeres!», pensó Billy Joe la primera vez que Maggie lo sugirió. La siguiente ocasión en que se abordó el tema, se preocupó. Las otras veces, Billy Joe reaccionó gritando y dando portazos. Nunca dejaría su puesto en la policía. Nunca. El uniforme y la placa le daban seguridad. Los habitantes de Grasser Fiat le apreciaban. Le consideraban un policía

honrado. Todos decían: «Si Billy Joe patrulla de noche… ¡Puedes dormir tranquilo!». Tenía fama entre sus vecinos de hombre amable y pacífico. Se decía de él que nunca había matado a nadie… y siempre había solucionado todos los problemas que se le habían planteado, sin muertes.

Apoyó su brazo sobre la ventana del coche y se dio cuenta de que el sudor había formado un par de manchas bajo sus sobacos. No le gustó. El quería ir siempre con el uniforme inmaculado.

CAPÍTULO II

Sam Malloney tenía veintitrés años, y sólo hacía ocho meses que trabajaba en la policía. Se sentía feliz, ganaba un sueldo sin tener que trabajar más de lo que él consideraba prudente para su salud. Desde que había comenzado el verano, tenía patrulla nocturna con Billy Joe, y aquello era lo único que no le gustaba… El Gordo, como él llamaba a su compañero, era demasiado rígido para él: ni una paradita para descabezar un sueño, ni una cerveza fresca, ni siquiera poner el transistor mientras estaban de ronda.

Consultó nerviosamente su reloj. Billy Joe llevaba casi seis minutos de retraso y eso no era corriente en él. Por un momento pensó en llamar a su casa para averiguar si le había sucedido algo. Pero al verle llegar se tranquilizó.

Billy Joe aparcó dentro del patio del *sheriff*, haciendo chirriar sus neumáticos. Bajó del coche y le hizo un gesto imperioso, señalándole el vehículo oficial.

Sam se acercó desganadamente. Sólo con ver a Billy Joe sabía que no sería una noche agradable. Sabía que su compañero le contaría que su mujer había cambiado mucho y no entendía el porqué. A continuación Billy Joe comenzaría a recitar una letanía de alabanzas hacia sí mismo: «¿El sueldo? Se lo doy todo a Maggie. ¿Los niños? Les ayudo a hacer sus deberes y los llevo cada dos días al autocine. ¿La religión? Acudo a la celebración cada domingo y contribuyo al mantenimiento del pastor».

Durante la primera media hora de patrulla, Sam Malloney se limitó a asentir o negar con la cabeza según fuera la pregunta que le iba dirigiendo su compañero.

Lo único que le compensaba de Billy Joe eran sus ansias de llegar a ser *sheriff*. Sam Malloney sólo buscaba un buen trabajo fijo,

y dejaba los problemas para el que los quisiera. Y ése era Billy Joe: siempre el primero en saltar del coche, el primero en acudir a los avisos de radio, el primero en proteger a sus compañeros.

Sí. Decididamente era cómodo estar de patrulla con un «superpolicía», aunque fuera tan locuaz a la hora de hablar de sus problemas conyugales.

Siempre conducía Billy Joe. Y en verano lo hacía con una exquisita precaución cuando circulaba por el interior del pueblo. Sabía que cuando aprieta el calor los vecinos dormían con la ventana abierta y Billy Joe no quería producir ningún ruido que turbara su sueño.

Pero aquella noche no era así. Conducía nervioso. Sus neumáticos gemían en cada cruce, los frenos chirriaban ante los semáforos.

Sam miró preocupado a su compañero. Lo vio agarrando furiosamente el volante, crispado, tenso. Cuando enfilaron Main Street y se dirigieron hacia la salida del pueblo, Sam se sintió aliviado, pensó que su compañero buscaba una carretera para poder correr sin preocuparse del ruido.

Poco después, Sam sintió el olor a campo que se metía dentro del coche. Grasser Fiat era una población fundamentalmente agrícola. Todos sus alrededores estaban llenos de frutales. Hasta las carreteras estaban flanqueadas por las figuras de majestuosos árboles.

Se acomodó sobre el asiento y empujó la cartuchera de su revólver hacia delante, para evitar que se le clavara en la cadera. Hacía mucho calor aquella noche. Soplaba viento sur. El viento que, decían, vuelve loca a la gente. El viento caliente.

Billy Joe seguía con su monólogo obsesivo sobre sus peleas con Maggie.

Iba a ser una noche tranquila, como todas.

CAPÍTULO III

Le despertó una exclamación de Billy Joe.

—¡Mira allí, muchacho! ¿Qué ves?

Sam intentó fijar la vista en la carretera. La luz de la luna no podía atravesar el ramaje de los árboles y sólo se veía el trozo de asfalto iluminado por los faros del coche.

—¿Dónde? ¿Qué has visto?

—¡Allí! Parece un vagabundo…

Sam volvió a mirar. Ahora sí que vio, bastantes metros por delante de ellos, a una figura humana que avanzaba lentamente por la carretera, arrastrando una pequeña bolsa de viaje, y con una guitarra al hombro.

El hombre se volvió hacia ellos. Era negro. Levantó la mano derecha, con el pulgar abierto, en señal de auto-*stop*. Al ver que el coche que se le acercaba era de la policía, bajó desganadamente la mano, retiró la vista y siguió su camino.

Sam se sorprendió al oír aullar la sirena de su propio coche. La luz de foco intermitente restalló contra los árboles que bordeaban la carretera. El vehículo dio un salto hacia delante cuando Billy Joe presionó al máximo sobre el acelerador.

—Pero… ¿qué haces?

El negro giró la cara sorprendido. El coche se le venía encima. Sin parar a pensar lo que podía ser, dio un salto y se introdujo entre los árboles, comenzando a correr.

—¡Míralo cómo escapa! —Casi aulló Billy Joe—. Chico… Te digo que ese negro no tiene la conciencia tranquila.

Frenó en seco, a la vez que abría la puerta. Cuando pasó ante su compañero ya llevaba la pistola en la mano, y gritaba:

—¡Alto! ¡Alto o disparo!

Antes de que Sam se hubiera apeado se oyó el primer tiro. Se apoderó de la linterna y corrió hacia Billy Joe.

Estaba con las piernas separadas, sujetaba el revólver con ambas manos, a la altura de los ojos. Sonreía.

Quince metros delante de él, el negro, con las manos en alto, los miraba.

—Ven aquí, negro, y dinos por qué corrías. ¿Tienes alguna cuenta pendiente con la Ley? —preguntó Billy Joe.

Lentamente, el negro comenzó a acercárseles.

—¿Cómo te llamas?

—Luther Hopkins.

—Bien, Luther. Vas a decimos qué hacías parará, a estas horas.

El negro le miró fijamente antes de contestar.

—Si tiene algo contra mí, mejor que lo diga ahora Y si no es así, déjeme marchar.

—¡Huaauuuu! —exclamó Billy Joe—. ¿Has visto, chico? Tenemos a un negro respondón. Seguro que ahora nos va a decir que conoce sus derechos y quiere que llamemos a un abogado…

—Escucha, Billy Joe… —comenzó a decir Sam—. Creo que podríamos llamar por radio a la oficina del *sheriff* y si no hay nada contra este…

—¡Calla! Sé cómo llevar estos asuntos.

Sam vio como Billy Joe separaba una de sus manos del revólver y le hacía señas al negro de que le tendiera la bolsa de viaje.

Sin dejar de encañonarle, se agachó y, tras abrir la bolsa, comenzó a vaciar su contenido.

—¿A qué te dedicas, negro?

—Canto. Voy de pueblo en pueblo, actuando en bares y moteles, por unos dólares…

Billy Joe dio un largo silbido.

—¡Hey, Sam! Fíjate en lo que lleva nuestro amigo. —El policía observaba atentamente unos prismáticos—. Seguro que… ¿Luther…?, es de esos tipos que se dedican a espiar a las muchachas blancas. ¿No es así, negro?

Y mientras decía esto, pasaba los gemelos ante las narices de Luther Hopkins.

—¡Buen tiempo de verano…! ¿No te lo parece? Hace calor, todas las ventanas están abiertas, las persianas subidas, la gente va

con poca ropa por dentro de sus casas…

—Oye, Billy Joe… —comenzó a decir Sam, preocupado por el brillo que veía en los ojos de su compañero, y por su maligna sonrisa—. Creo que lo mejor sería…

Billy Joe, sin escucharle siquiera, lanzó su mano hacia delante y golpeó la boca del negro con los prismáticos.

—¡Cerdo! —chilló.

Los labios de Luther Hopkins se abrieron por el golpe. Cayó al suelo. Billy Joe le lanzó una patada hacia las costillas.

—Billy Joe, me parece que… —dijo Sam.

CAPÍTULO IV

El Gordo se volvió rápido hacia su compañero. Sam no llegó a saber nunca si fue el gesto de girarse o si fue una amenaza real, pero lo cierto es que el revólver de Billy Joe le apuntó, mientras éste hablaba.

—Chico… Si quieres jubilarte de policía, más vale que no te metas en esto.

Después, se giró nuevamente hacia Luther Hopkins, que estaba intentando incorporarse.

—Seguro que eres uno de esos que sueñan con encandilar a alguna buena chica blanca con sus canciones…

La culata del revólver se estrelló contra los dientes del negro, que volvió a agacharse protegiéndose el rostro con las manos.

—¡Nunca más volverás a cantar! ¡Nunca! —gritó Billy Joe.

Y mientras decía esto siguió dándole patadas en la cara a través de las manos.

Luego, se detuvo un segundo. Se enjugó el abundante sudor que le resbalaba por la frente. Tomó al negro por el pelo y le obligó a levantar la cara.

Le propinó otro puñetazo en los labios.

Billy Joe, un par de metros detrás de Luther, sonrió.

El negro levantó la cabeza al oír el primer crujido.

La bota del policía estaba cayendo sobre la guitarra. Al chocar, las cuerdas se rompieron, produciendo sonidos como de pistola de juguete. Luego, dio otra patada más, y otra.

El policía se agachó junto a la bolsa de viaje y comenzó a meter dentro todas las cosas que había sacado.

—Ahora te irás del condado… ¿Lo has entendido bien? Negro piojoso… ¡Aquí no queremos negros ni violadores!

Cerró la cremallera de la bolsa con un golpe seco y la arrojó delante del negro. Luego, cogiéndolo por el cuello de la camisa, le obligó a caminar hacia el coche.

—Conduce tú, Sam. Yo iré detrás con este tipo. No me fío de dejarlo solo a mis espaldas…

Abrió la puerta trasera del coche.

—Espera un momento… ¡Voy a cachearlo! Quizá lleve algún arma y…

Obligó al negro a apoyarse en el costado del coche, las manos separadas y apoyadas en el techo. Las piernas también abiertas y a un metro de la vertical.

CAPÍTULO V

Y entonces su mirada se clavó en la mano derecha de Luther Hopkins.

Sus dedos reposaban en el marco de la puerta abierta del coche.

Billy Joe la cerró de una patada.

Y siguió apretándola con el pie.

A Luther Hopkins no le salió ningún grito de su boca, tremendamente abierta.

El único sonido fue el crujir de los huesos de los dedos.

Luego, la voz del policía.

—Nunca más volverás a tocar la guitarra, negro de mierda…

Sam se puso al volante. Agitó la cabeza antes de poner en marcha el vehículo.

Media hora después dejaron a Luther Hopkins en la línea divisoria del condado.

Apoyado en el volante, Billy Joe estuvo diez minutos observando como el negro se alejaba, tambaleándose y a trompicones. Sam contemplaba a su compañero, casi sin creer en lo que acababa de ver.

Carraspeó antes de hablar.

—Billy Joe… ¿Es cierto que nunca has matado a nadie?

—Cierto, muchacho. Nunca lo he hecho. Ni tengo ganas de hacerlo. Mi padre también fue policía y… ¿sabes lo que me decía? Me decía: «Hijo, una de las situaciones más ridículas de la vida es mirar a un cadáver y decirle: lo siento. Me equivoqué». Eso me decía.

Permaneció callado unos segundos y luego miró a Sam.

—Además… —prosiguió—… la vida la da el Señor, y sólo Él puede quitarla. Eso dice el Quinto Mandamiento. «No matarás». Y

yo procuro cumplirlo.

Sam desvió sus ojos y los fijó en la carretera. Pensó que el negro no hablaría nunca. Sería su palabra contra la de dos policías. ¡Dos policías! A fin de cuentas no había pasado nada grave. Había sido una noche tranquila. Como todas.

—¿Sabes lo que haré mañana, Sam? Cogeré a Maggie y a los chicos. Primero iremos de compras. Maggie tiene ganas de cambiar el aparato de televisión. Luego iremos a la piscina. Nos daremos un baño, comeremos una hamburguesa poco hecha, con cebolla frita, catchup, patatas chips,
coca-cola…
Y después…

Sam asintió con la cabeza.

Dentro de dos horas terminaría su turno.

Había sido una noche tranquila. Como todas.

Hacía calor.

Y soplaba el viento sur…



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Caspar Van Eck es un buen amigo que, cuando lo conocí vivía en Beirut. A él le debo un buen montón de sugerencias para la supervivencia, y que las pusiera en práctica conmigo. Si queréis saber más detalles, podéis gastaros el dinero, pidiendo al editor que os envíe el número 24 de la colección, que lleva por título: RALLY BEIRUT… ¡MUERTE! <<

[2] La frase quiere decir: EL TRIUNFO DE LA VIDA. Si algún lector español, quiere tomarse la molestia de hacerlo, hay una traducción de la novela, bajo el título de «El americano impasible», publicada en la colección «El libro de Bolsillo» de Alianza Editorial. Y la clave, aplicada a este volumen, sería:
31-3-2,
3, 4, 5, 6 (N. del T.). < <

[3] El zombi, dentro de la religión vudú, es el «no-muerto». Alguien a quien un brujo ha resucitado, apoderándose de su voluntad, convirtiéndolo en un autómata, para mayor beneficio de su brujo. (N. del T.). < <